



# Ve, cuéntaselo al sol

WAME M. MOLEFHE

Edición y traducción: Federico Vivanco

# Ve, cuéntaselo al sol

Wame M. Mo1efhe

Edición y traducción:  
Federico Vivanco



Molefhe, Wame M.

Ve, cuéntaselo al sol / Wame M. Molefhe; editado por Federico Vivanco García. - 1a ed.- Ciudad Autónoma de Buenos Aires:

Federico Vivanco García, 2021.

132 p.; 13,34 x 20,32 cm.

Traducción de: Federico Vivanco García.

ISBN 978-987-86-7829-0

1. Cuentos. 2. Relatos. 3. Narrativa Africana. I. Vivanco García, Federico, ed. II. Título.

CDD 896.3

Título original: Go Tell The Sun

Traducción: Federico Vivanco

© Wame M. Molefhe (de los textos)

© Federico Vivanco (de la edición y traducción)

© Umoja Editorial (para esta edición)

© Federico Vivanco (de la ilustración de cubierta)

© Ilán Vivanco (de la maquetación de cubierta)

Correctora de estilo Cristina Parada Fraga

Derechos reservados en español

Primera edición: febrero de 2021

ISBN: 978-987-86-7829-0

Hecho el depósito que prevé la ley 11.723

Impreso en España / Printed in Spain

No se permite la reproducción parcial o total, el almacenamiento, el alquiler, la transmisión o la transformación de este libro, en cualquier forma o por cualquier modo, sea electrónico o mecánico, mediante fotocopias, digitalización u otros métodos, sin el permiso previo y escrito del editor. Su infracción está penada por las leyes 11.723 y 25.446 de la República Argentina.

Umoja Editorial, 2021

## Wame M. Molefhe

Nació en Francistown, Botsuana, y ha vivido casi toda su vida en Gaborone. Es escritora independiente y sus relatos han sido recogidos en varias antologías y revistas literarias. En 2009, publicó su colección de cuentos infantiles *Just Once* y, en el 2011, *Vé, cuéntaselo al sol*, su segunda colección de relatos cortos.

Su narrativa, “Sueños del color del arcoíris”, incluida en la antología *Ellas [también] cuentan* (2017, Baile del Sol) fue finalista del *PEN/Studzinski Literary Award*, en 2009, y publicada el mismo año, en la antología *New Writing from Africa*.

Su relato, “Sethunya prefiere a las chicas”, está incluido en la antología *Queer Africa*, que ofrece una visión sobre lo que supone ser gay, lesbiana o transexual en buena parte del continente. Antología traducida al castellano y publicada por Dos bigotes, en España, bajo el título de *Los deseos afines*.

A mi madre, que me enseñó a leer;  
y a mi padre, que me animó a escribir.

## Índice

[¿A quién se lo cuentas?](#)

[Sethunya prefiere a las chicas](#)

[Lluvia de Botsuana](#)

[La vigilia](#)

[Rizos mestizos](#)

[De mi sangre](#)



[Con las manos vacías](#)

[Marang, la madre de Keineetse](#)

[Sangre de mi sangre](#)

[Grupo de seis](#)

## ¿A quién se lo cuentas?

Es sábado por la mañana y los rayos del sol están empezando a calentar nuestra habitación. Es el momento. Empiezo a desenredar mi pierna de la de mi marido, inmovilizada, mientras su mano se desliza sobre mi pecho. Si la aparto, lo despertaré, así que me quedo quieta y espero a que el suave silbido de su nariz se reanude.

Cuando anoche me escabullí entre las sábanas, me aseguré de ocupar mi lado de la cama, pero nuestro matrimonio ha generado hábitos que ahora están arraigados. El muro que existe de día se desmorona mientras dormimos. Nos arrastramos juntos, hasta que nuestros cuerpos se entrelazan como las vides de una enredadera, durmiendo igual que cuando estábamos recién casados, con el deseo de que nada se interponga entre nosotros.

Observo su cara mientras me levanto de la cama. Es como un *collage* de imágenes que se filtra después de cinco años en mi cabeza: tengo puesto un vestido de cola, de seda blanca, que barre todas las dudas de mi madre bajo la alfombra roja. Sonriendo, juro obedecer a Ntsimane y renunciar al resto, mientras él me levanta el velo para besarme. Con mi pequeña mano entrelazada a la suya, danzamos al ritmo de la canción de extraños ululantes que se reúnen con nosotros cuando salimos de la iglesia: marido y mujer.

Los primeros años de nuestro matrimonio fueron sin imperfecciones. El amor que le profesaba nos envolvió con sus tentáculos y excluyó todo y a todos. Me deshice de mis hábitos y adopté los suyos. Él también me amaba, pero sus otras mujeres hicieron que me sintiera vacía, como la casa al otro lado de la calle, con el cartel de «se alquila» colgado de la puerta, para llamar a los transeúntes. Tal vez mi vacío estaba tallado en un letrero que decía «amar».

Ntsimane gruñe mientras se da la vuelta y miro fijamente el hilo de baba que se escurre de su boca ligeramente abierta. Una mancha más en un sucio matrimonio. Me visto y cierro la puerta detrás de mí.



Son las primeras horas del día y la ciudad de Gaborone comienza a despertar. Mientras espero a que cambie el semáforo, un coche lleno de juerguistas que regresan de una parranda, se detiene a mi lado. Los pasajeros se mueven al ritmo del «zzzzzzzz» de un zumbido. Me saludan con un ebrio «buenos días». Me río y se los devuelvo. Conduzco con cuidado y esquivo los baches de la carretera mientras salgo del centro de la ciudad.

Una mirada de soslayo hacia el espejo retrovisor me confirma la presencia de Botshelo. Me dirijo hasta el extremo más alejado del aparcamiento, tan lejos de su Mercedes negro como el espacio lo permite. Escondo mi coche entre dos camionetas.

Con la vista al frente, paso dando zancadas por la recepción del hotel y recorro el pasillo, mientras cuento las habitaciones de dos en dos.

102, 104, 106... llego a la habitación indicada, el móvil indica que son las ocho en punto. Lo silencio y toco la puerta. Él me hace entrar, cuelga el letrero de «No molestar» en el pomo de la puerta, me empuja hacia adentro, me da la vuelta y la cierra de una patada.



Me despierto con la cabeza acurrucada en el espacio que hay entre su brazo y el pecho.

—Botshelo, debo irme —susurro.

Sujeta mi cara, una mano en cada mejilla, me mordisquea el hueco del cuello y presiona sus labios sobre mi frente.

—Te quiero, Sethunya.

Me deleito en su aliento. Abre un poco la puerta, mira hacia afuera y la empuja para dejarme salir. Zigzagueo para llegar hasta mi coche con un contoneo de caderas más sinuoso de lo habitual, ofreciéndoselo a él. Percibo sus ojos a través del trecho que hay entre la cortina y la ventana, pero no me vuelvo a mirar. Nunca lo hago. En cambio, miro mi reloj. Fue un regalo de Ntsimane, cuando todavía había una razón para celebrar los aniversarios. Once en punto. Tengo el tiempo suficiente para hacer las compras, ir a casa y cocinar para mi esposo.

La ciudad de Gaborone se ha despertado durante mi pausa de tres horas y las calles rebosan de coches y personas. Me pierdo entre ellos. Tardo una hora en hacer las compras; sesenta minutos para volver a ser la esposa de Ntsimane otra vez.

Disminuyo la velocidad mientras una ambulancia acelera por la circunvalación Occidental. Gira a la izquierda en la Iglesia Cristiana de Sion y se detiene. El tráfico va a paso de tortuga mientras conduzco desde el Centro Comercial Molapo Crossing al Hotel Grand Palm. Probablemente otro accidente. Dos niños pequeños corren descalzos por el camino, sacudiendo sus cabezas, aplaudiendo.

—*¡Ijaaaa! Monna, ke Mercedes o montsho! ¿O o bone, monna?*

Un Mercedes negro. Piso el freno, sin detenerme estiro el cuello para ver más allá de la multitud reunida. Los Mercedes son tan comunes en Gaborone como los Toyotas; además, Botshelo vive al otro lado de la ciudad.

Continúo mi camino a casa, pero disminuyo la velocidad cuando tres vacas se lanzan a la carretera y se detienen a pastar. Su guardián, un joven pastor, trota detrás de ellas; les silba para que retomen su paso. El matadero local está a solo unos minutos de distancia.

Voy desde el coche directa a la cocina, con los brazos doloridos por el peso de los víveres —que serán destinados a crear las delicias gastronómicas de Ntsimane. Un dolor que expresa un acto de remordimiento por los caminos errados. En la bolsa de plástico hay un sujetador negro con volantes y unas bragas. A Botshelo le encanta el negro.

Estoy en la cocina flotando entre la estufa y el fregadero para preparar el postre favorito de Ntsimane. La voz de Botshelo susurra en mi cabeza: «Escápate conmigo, Sethunya». Una sonrisa intenta colarse entre mis labios, asiento con un «Sí, Botshelo». Esta noche haré las maletas y le diré a Ntsimane que voy a dejar su triste y tramposo trasero y que nunca volveré. Necesito decírselo hoy, mientras dure mi emoción por el amor de Botshelo. Me aclaro la garganta.

—Ntsimane. Debemos hablar. Ahora, por favor.

—Shhhh, Sethunya. Espera. El noticiero.

Me aparta con el dorso de su mano. Y entonces vuelvo a reproducir las palabras en mi cabeza. No voy a mencionar a Botshelo. Después de todo, Ntsimane es la razón por la que me voy; Botshelo es solo el catalizador,

acelera lo inevitable pero él es neutral. Espero entonces a que las noticias terminen y luego, me prometo, se lo diré.

Solo alzo la vista cuando alguien pronuncia el nombre de Botshelo. Miro la pantalla del televisor. La cara de Botshelo me mira fijamente. Los titulares vuelven a aparecer. Los labios del presentador del telediario se mueven velozmente, las palabras salen dando estampidas y se estrellan contra mi mundo: «El galardonado escritor motsuana<sup>1</sup> muere en un accidente de tráfico».

¿Muerto? ¡Muerto!

Ntsimane cambia de canal. ¿Por qué? ¿Lo sabe? No, no hay manera de que lo sepa. No se lo he dicho a nadie.

Cierro la puerta de la cocina y siento que mis piernas ceden. Me aferro a la mesa. El corazón me late con fuerza en los oídos. ¿Cómo? ¿Cuándo? Bato los huevos y el azúcar cada vez más rápido. Mermelada, vinagre, harina. Una cucharada, de una en una. Aislada en la cocina, lejos de Ntsimane, hago respiraciones largas y profundas, termino resollando. Botshelo está muerto. Respira. Respira.

¿Qué es ese ruido? Un sonido crepitante proviene de la cocina. El estofado de rabo de buey se está quemando.

Retiro la olla de la placa de cocción justo a tiempo. Es el momento de comer. Me siento a la mesa, frente a Ntsimane. Miro fijamente mi plato, juego con la calabaza, el *dumpling*, la empanadilla, y el *morogo*, las espinacas salvajes. No como. No puedo comer.

Ntsimane no se percata. Limpia la última gota de salsa del plato y se lame el dedo. Tomo un sorbo de agua y escucho el temporizador de la cocina contando treinta minutos. Veintinueve... tictac, tictac, veinte, diez, tres, uno. El pudin de malva<sup>2</sup> está listo. Un final perfecto para una comida perfecta.

Un tamborileo invisible comienza a ejecutarse detrás de mis ojos. Al principio resonaba suavemente, con discreción. A los pocos minutos va *in crescendo*. Siento que mi cabeza va a explotar. Empujo la silla hacia atrás.

—*Eish*<sup>3</sup>, ¡uff!, Ntsimane, no me siento nada bien. Necesito recostarme.

—Me dijiste que querías hablar, Sethunya.

Leí la pregunta en su cara.

—Sí... sí, en realidad quería, pero tengo un dolor horrible, aquí —y presiono la mano contra mi pecho para calmarme el corazón.

Me acuesto con la habitación a oscuras, mirando al techo. La muerte de Botshelo amplifica los ruidos que dejé de escuchar cuando él me dijo que me amaba. Cuando Ntsimane se va, me retumba en los oídos el crujido de las ruedas sobre el camino de grava.

Siento que la cama se hunde cuando él regresa, al amanecer, de lugares desconocidos. El perfume de otra mujer me obstruye la nariz, hace que mi cuerpo se tuerza como un signo de interrogación. Rezo para recibir el perdón, por haber preguntado por qué Botshelo y no Ntsimane. Me despierto, atravesada por un dolor tácito, en mi lado de la cama.

Al levantarme, me pongo frente al espejo. Con los ojos hinchados, practico mi despedida: «Ntsimane, me voy», es lo que diré. Pero cuando me pregunta si me siento mal, respondo con un «¿Por qué?»

—Te ves horrible.

—No es nada. Probablemente sea solo la gripe que se avecina.

Y así bautizo a mi secreto, al desgarrador dolor: «la gripe». Esto explica la razón de mis ojos rojos, el dolor de mis articulaciones, el incesante tamborileo detrás de mis ojos. Justifica por qué debo dormir en la habitación de invitados.



El teléfono suena. Ntsimane responde y me lo pasa.

—Es para ti.

—Hola, Sethunya. ¿Has escuchado lo que le pasó al escritor?

Las palabras brotan de la boca de Kgomotso, creándose olas de temor. No sé cómo responder. Es mi amiga de la infancia y me conoce muy bien, aunque me sumerjo en la profundidad de la farsa y le digo:

—El escritor... no... no. ¿Cuál?

—¿Ao? ¿En serio? ¿Cuántos escritores famosos conoces? Botshelo Gontse.

—Botshelo... Gontse —prolongo la pronunciación de su nombre y sacudo la cabeza—. *Ga ke mo itse*, no lo conozco. ¡Qué pena!

Intenté esquivar el tema de Botshelo con una pequeña mentira. Ahí comprobé que es más fácil engañar en mi lengua materna.

Kgomotso se queda en silencio. Aguanto la respiración temiendo que lo recuerde. Tira de su memoria como quien tira de una mala hierba.

—Pero me habías hablado de él. ¿Recuerdas? Dijiste que lo habías conocido en una fiesta... me comentaste que hubieras deseado no haber estado casada.

—¿Ao? *Nyaaaaa...* ¿En serio? Noooo... Kgomotso. ¿Yo? No... yo no — superpongo la segunda mentira sobre la primera y trago saliva, siento como si las palabras se me atasquen en la garganta.

—Sethunya, ¿estás bien? ¿Tu marido se está portando mal otra vez? ¿Quieres que vaya?

—No, no. Estoy bien, en serio. Solo que un poco liada. Déjame que te llame más tarde.

Ntsimane examina mi cara mientras cuelgo el teléfono; sus ojos hacen preguntas que nunca responderé. Rodeo este silencio para abrir la ventana, pisando con cuidado, como un borracho que intenta parecer sobrio. Ntsimane todavía me está mirando cuando me doy la vuelta, así que abro otra ventana.

—¿Lo conocías?

—¿A Quién?

—Al escritor.

—No, realmente no —pero no puedo dejarlo así—, no mucho. Leí algunos de sus libros.

El dulce aroma del árbol de marula entra por la ventana ahuyentando mi miedo.

Recuerdo cuchichearle a Kgomotso sobre Botshelo cuando él era solo una posibilidad, una fantasía que me hacía palpar el corazón al imaginarlo. Mientras duró, lo atesoré como mi secreto.



Como un ladrón, me alejo de mi casa mientras sale el sol. Han pasado siete días desde que me acosté con Botshelo y juré amarlo para siempre. Hoy, lo estoy enterrando.

Me visto en la penumbra con el atuendo de una mujer motsuana respetable: un vestido marrón que cubra mis tobillos, medias, zapatos de tacón, un chal en los hombros y un *doek*<sup>4</sup> para cubrirme el cabello. Un vestuario incompatible con cualquier seductora.

Miro a Ntsimane mientras cierro la puerta detrás de mí.



Conduzco hasta la casa de Botshelo. Un guardia de seguridad me dirige hacia un espacio vacío entre los coches que se alinean en ambas direcciones, a lo largo de la calle. Estoy justo abriendo la puerta del mío, cuando una de las mujeres de Ntsimane pasa caminando. ¿Y si me ve y le dice a Ntsimane? Pero la ira ahuyenta al miedo y hace que, de todos modos, cruce la puerta de la casa de Botshelo.

Una carpa funeraria de color verde que proyecta una sombra en toda la casa se extiende a lo ancho del patio como un paraguas gigante. Una mano me extiende un programa funerario. Lo tomo.

Tiene su foto, una gran imagen en color sobre un caro papel con textura. Repaso su cara con el dedo. Es un Botshelo más joven, con un traje de graduación, rígido y sin sonrisa alguna. Sin embargo, él se reía todo el tiempo cuando estábamos juntos.

La estridente voz del maestro de ceremonias nos insta a darnos prisa: el ataúd está a punto de cerrarse. Me recuerda a un subastador.

¡Se va, se va, se fue! Es mi última oportunidad de ver a Botshelo, pero no me animo. Mientras titubeo, una multitud de personas que quieren pasar me dan codazos durante la marcha. Me tambaleo hacia delante y sigo los pasos de una chica con tacones altos que se balancea delante de mí.

Caminamos en línea recta, como hormigas, una detrás de la otra, dentro de la casa y luego alrededor del ataúd. Llego a su cabeza, la miro una vez. Me está sonriendo. Miro de nuevo, esta vez de manera fija y de forma prolongada. Pero sus ojos están cerrados. Solía sonreír a través de ellos. Quiero trazar sus cejas con mi dedo, deslizar mis labios sobre los suyos y escucharlo recuperar el aliento, pero mis piernas siguen en movimiento.

Detrás de la puerta cerrada se encuentra su esposa. Como dicta la costumbre, ella se ha recostado sobre un colchón en el suelo, enfundada de negro, de la cabeza a los pies, desde que se le otorgó el título de viuda. Es atendida y consolada por todos los que la ven. Soy la intrusa, sin cómplice alguno, así que mi pena, el botín de mi crimen, no se comparte.

Me dirijo hacia la carpa, necesito sentarme. Pero todas las sillas están ocupadas, así que permanezco a la sombra de un hombre que no conozco y escucho mientras se pronuncian los discursos. La mujer a su lado asiente también. Quiero gritar: «No, no, no lo conocíais». Pero el sonido queda atrapado en mi cabeza. Estas personas no lo conocían como yo. No sabían nada de nosotros.

Lo nuestro era un amor puro y apasionado que desafiaba los dictados de la sociedad. Una unión oculta de día, pero que se liberaba ante sombras prolongadas. Botshelo era un hombre ambicioso, preparado para cosas más grandes y mejores en la vida. Solo necesitaba un amor sin barreras. Yo ansiaba también este tipo de amor. Cuando nos conocimos... sonrió al pensarlo.

Mis recuerdos desaparecen de forma violenta por el sonido de un hombre tosiendo. Sube al podio y aleja el micrófono. Inclina la cabeza hacia un lado, como hacía Botshelo mientras sopesaba qué palabras iba a emplear. Sus manos tiemblan pero su voz es firme.

—*Ke nna mooki. Botshelo ga a lwala bagaetsho*<sup>5</sup>. A Botshelo no se lo llevó una enfermedad. Volvía a casa de una reunión de negocios cuando fue asesinado por una furgoneta imprudente que se saltó un semáforo.

La multitud murmura su desaprobación y el hombre que está a mi lado sacude la cabeza y dice:

—*Eish, ¡uff!* Los accidentes de tráfico van a acabar con los batsuanas<sup>6</sup>.

El *mooki*, el cuidador, continúa: «Murió en el acto. Todavía estamos conmocionados. Así es como murió mi único hermano, mi mejor amigo. Que su alma descanse en paz».

Se confirma lo que sospechaba. Botshelo murió camino a casa el día que nos despedimos. *Ijooo... Madre mía. Lo siento mucho, Botshelo. Lo siento mucho.* Tratando de ocultar las lágrimas que se me escurren por el rostro, hurgo dentro de mi bolso en busca de mis gafas de sol. La mujer que está a

mi lado me da palmaditas en la espalda formando pequeños círculos con la palma de la mano. Me quedo mirando al suelo.

Por fin, los discursos terminan. Camino hacia el coche, me siento y pongo en marcha el motor. Alguien golpea en la ventana.

—*Dumela mma*<sup>7</sup>.

Antes de que pueda responder, la puerta del acompañante se abre. Luego las puertas de atrás se abren de golpe y de repente tengo a tres pasajeros que me acompañan el tramo de diez kilómetros que nos separan del cementerio. El cortejo viaja rápido. La vida es vertiginosa en la ciudad de Gaborone. Los peatones se dedican a sus negocios sin inmutarse, solo giran sus cabezas para admirar los caros coches que pasan a su lado. Un anciano se detiene e intenta agacharse, como muestra de respeto a los muertos. Sus articulaciones son flojas, por lo que se apoya en su bastón, sostiene el sombrero contra el pecho y agacha la cabeza.

Soy una extraña en mi coche. «Vaya pérdida». «Un hombre que estaba triunfando». «Y puedes dar fe de que era un esposo fiel». «Qué pena, pobre su esposa». Y todos los pasajeros dicen al unísono «eee». Ansío escuchar más pero cambian a la planificación de las actividades que tienen durante el día. El funeral es una mera diversión momentánea, en una jornada mundana diferente.

Finalmente, llegamos al cementerio. Salen del coche y continúan con su conversación. Por un minuto, no me muevo, luego abro las ventanas. Uno de los hombres llevaba la colonia de Botshelo.

Salgo y veo a ocho hombres que tensan entre todos sus bíceps y retiran el ataúd del coche fúnebre. A la una, a las dos, a las tres, arriba. Lo mantienen en equilibrio sobre las tiras verdes. Miro como desaparece en la tumba y me estremezco cuando la primera pala de tierra golpea la madera con un golpe seco. Hombres de todas las formas y tamaños se alinean para ayudar a llenar la tumba: como una línea de montaje bien engrasada, un hombre cava, coloca la pala en el suelo, el que está detrás de él la levanta y continúan de esta forma hasta que se termina y nuestro amor queda enterrado para siempre bajo un montículo de tierra. La gente sale del cementerio, hablan entre ellos, sonrían.

Camino sola. Echo un vistazo a mi reloj. Once en punto. Tengo el tiempo suficiente para ir de compras antes de ir a casa y cocinarle a mi esposo.

## Sethunya prefiere a las chicas

Fue el titular lo que le llamó la atención:

### **MATAN A UN CHIMPANCÉ AL ESCAPAR DEL ZOO**

“Johnnie, un chimpancé de cuarenta y un años, fue abatido de un disparo por el personal del zoo después de que se escapara de su recinto... Cientos de visitantes tuvieron que encerrarse en sus coches. El suceso ocurrió por la mañana, poco después de que el zoológico abriera sus puertas... Uno de los empleados ha descrito a Johnnie como «un poco gamberro»”.

“Cuando se le preguntó al guarda por qué han tenido que matar a Johnnie, este afirmó: «La determinación de dispararle se ha basado en una decisión fundamentada. La dirección consideró que Johnnie representaba una amenaza real para las personas. Se ha iniciado una investigación para esclarecer la causa de la fuga del simio. Estamos todos consternados por la muerte de Johnnie»”.

Sethunya se imaginaba la escena en el zoo: muchos coches en el aparcamiento, turistas que salían de los autobuses cámara en mano, niños riendo y el clamor de diversas lenguas abriéndose paso a empujones para conseguir sitio en los Land Rover que los llevarían al lago artificial. El aire en lo alto de la colina le hacía sentirse más cerca del cielo y, más abajo, un ejército de monos correteaba en grupos entre los arbustos. Un poco más lejos aún, los impalas y los duikers brincaban sobre la hierba.

Los visitantes iban por el camino de grava que discurría desde el lago hasta los recintos de los animales; los padres sujetaban firmemente las manos de sus hijos para mantenerlos a una distancia precavida de los más salvajes. Se agrupaban alrededor de la jaula de los chimpancés para escuchar, mientras el guía señalaba a Johnnie y a su compañera. Las cámaras dispararon sus *flashes*. Un niño se separó del grupo y se puso frente a Johnnie, golpeándose el pecho con los puños y gruñendo, hasta que su madre le dio una bofetada, lo arrastró de vuelta y el grupo continuó con la visita.

Luego Johnnie se escapó.



Sethunya reflexionaba sobre cómo se había marchado de la casa de su madre para convertirse en la mujer de Thato. Este era un buen hombre, tierno y atento, y cuando el padre Simon le dijo: «Puedes besar a la novia», le levantó el velo y la miró a los ojos, ella supo que la amaba y que su amor zanjaría esos otros pensamientos que a veces tenía.

Después de la ceremonia religiosa, volvió por última vez a la casa donde había crecido, se quitó los zapatos de tacón, se calzó unas sandalias planas y se cambió el vestido de seda blanca por el atuendo tradicional, un *leteisi*, a fin de esperar junto a su madre al resto de sus parientes que debían entregarla a su familia política.

—Sethunya, tienes que ponerte algo en la cabeza.

Observó cómo su madre buscaba, en los cajones de la cómoda, un pañuelo con que cubrirle el cabello. También halló en el costurero un alfiler para el chal que debía portar sobre los hombros. Pudo oír cómo suspiraba mientras le prendía el broche.

—Por favor, escucha bien lo que te digan las mujeres, cariño —le había pedido su madre—. Ellas saben lo que es el matrimonio.

—No te preocupes, mamá. No te avergonzaré.

Su madre no respondió.

—Mamá, ¿por qué tú no vienes?

—No está permitido.

—¿Por qué no?

Pero Sethunya ya lo sabía, incluso antes de que su madre se lo dijera.

—Así es como debe ser.

Ya había llegado la tía de Sethunya para recoger a su sobrina; las tres permanecieron en la puerta de la casa familiar, tres buenas mujeres batsuanas, que miraban cómo era acarreado el baúl que su madre preparó, hasta la parte trasera de una furgoneta. Hicieron falta cuatro hombres fornidos para subirlo. Su madre lo había llenado hasta arriba con ropa nueva de cama que encargó de su catálogo especial: almohadones de plumón, sábanas blancas del color de la nieve con atractivas flores bordadas, un edredón y varias mantas. Cuando llegó la hora de marcharse, Sethunya le tomó la mano.

—Confía en Dios —le dijo su madre—, y todo saldrá bien.

En la puerta principal de la casa de su familia política, un trozo de tela atado de forma triangular ondeaba en la brisa, para informar de que allí se

celebraba una boda y que todo el mundo era bienvenido. En la veranda, las niñas cantaban: «*Monyadi wa rona. O tshuana le naledi*», «nuestra novia es tan bonita como una estrella».

Cuando Sethunya se dirigía hacia la casa, un grupo de hombres y mujeres se le acercó y la alzó en medio de un torbellino de faldas y pisotones. Cuando mitigó esta alegre bienvenida, los chicos y chicas más jóvenes continuaron con sus tareas dejando que las mujeres casadas completaran el último ritual del matrimonio.

Sethunya se sentó sobre sus talones, fiel al estilo tradicional de la aldea, flexionó las rodillas sobre un cuero de cabra y miró a las mujeres que la rodeaban. Le hacían recordar a su madre: la misma edad, envueltas en idénticos *mateisi* y con el cabello trenzado escondido bajo los *doeks*, con la misma convicción de que el matrimonio era el trofeo que premiaba a una buena mujer.

No sabía lo que iba a ocurrir, tan solo lo que había podido deducir de las conversaciones mantenidas, entre susurros, por las otras chicas que eran tan inocentes como ella: que las mujeres casadas iban a decirle lo que la sociedad esperaba de una buena esposa motsuana.

Se percibía su nerviosismo por la manera que tenía de jugar con su anillo de boda, le daba vueltas y vueltas, se lo quitaba y se lo volvía a poner una y otra vez. Una mujer, que estaba sentada detrás, le dio una palmadita en el hombro y le susurró al oído: «*Ga e rolwe*»

Sethunya escondió las manos bajo sus muslos y sonrió. Sí, se acostumbraría al anillo y, como le había dicho aquella mujer, nunca debería quitárselo.

La hermana de su padre fue la primera en hablar.

—Cuando una mujer se casa, su vida cambia; debe dejar atrás a sus amigas solteras.

—Una esposa no le pregunta a su marido dónde ha estado cuando llega a casa.

—Una mujer debe cocinarle a su marido —dijo otra de sus tías.

—Darle un hijo varón.

—Cuidar de los padres de su marido.

—No hablar de su matrimonio con otras personas.

—Rezar.

Sethunya quería preguntar quién había creado todas estas normas. Pero ya sabía la respuesta. Así es como debe ser.

A continuación su suegra se levantó y deshizo el *doek* que llevaba Sethunya sobre la cabeza, reemplazándolo por otro que sacó de su bolso. Cogió una jarra de agua y un vaso vacío y empezó a llenarlo. El vaso se desbordó y el agua empezó a derramarse sobre el suelo arenoso, pero ella continuó echando agua hasta vaciar la jarra.

—Ahora eres mi hija y mi corazón se desborda de amor por ti —concluyó.

Sethunya sintió como las lágrimas le ardían mientras se ponía de pie para abrazar a su nueva madre. Sí, así es como tenían que ser las cosas. Ahora nadie podía decir que prefería a las chicas.



Sethunya imagina a Johnnie saltar sobre las mesas de picnic, buscar la libertad, perseguir la luz del sol, y asustar a los hombres mayores que pasean por el parque de la mano de sus nietos.

El guarda —con sus sandalias de cuero desgastadas, calcetines blancos, rifle en mano— se cargó al chimpancé. Ella pudo oír la primera bala introduciéndose en el cráneo de Johnnie, sentir la segunda que atravesaba su corazón mientras lo veía correr, cada vez más despacio, como la repetición de una escena a cámara lenta en una película, hasta que se desplomó sobre el suelo delante de un letrero con la pintura desconchada que decía: «No dar de comer a los animales». La sangre formaba un charco alrededor de su cabeza negra como el carbón, Johnnie murió con los ojos abiertos.



—¿Qué ocurre? —susurró Thato. Se acercó un poco a Sethunya, sustrayéndola de su ensoñación, aunque ella aún tenía la mente en el zoo, y se cuestionaba por qué el guarda no le había dado antes un aviso a Johnnie.

Podía haber disparado al aire o quizá haberlo sedado como lo hacían en los documentales de animales salvajes.

Sacudió la cabeza, preguntándose si la bala que había atravesado el corazón de Johnnie le habría perforado el alma. Se cuestionaba incluso si los animales tendrían una. Sabía que Dios había facultado a las personas con almas y que iban al cielo al morir, si eran buenas en la tierra. Recordaba el Arca de Noé y cómo los animales habían entrado en ella de dos en dos. Si Dios salvó a los animales del terrible diluvio, quizá también les había dado alma, como a los hombres. Rezó para que la suya fuera al cielo cuando muriese porque cada día intentaba ser una mujer motsuana ejemplar.

Meditaba sobre el alma, Dios, la Iglesia y el padre Simon, cuando Thato la acercó hacia él.

—Sethunya...

Sabía lo que él quería, pero aún estaba pensando en Johnnie y tenía ganas de llorar, así que sujetó con fuerza el periódico para eludir el abrazo de Thato.

—Luego. Deja que termine de leer esto —susurró.

Reflexionaba con la posibilidad de que Johnnie debió de estar tan harto de que la gente lo mirara todo el día que colapsó. Debió de ver la puerta abierta y saltó hacia su libertad, motivado por el sentimiento de que estaba en un lugar al que no pertenecía. Anhelaría la ancha estepa, las grandes dimensiones de tierra, donde podía picotear hojas recién arrancadas de verdes matorrales. Querría cerrar los ojos y disfrutar mientras su compañera le quitaba las pulgas, correr libremente con los otros de la manada, como hacían los chimpancés que vivían en libertad.

Sethunya tenía la certeza de que Johnnie solo quería regresar a su hogar, y aunque su hogar no era más que un recoveco en lo más profundo de su mente, lo reconocería cuando llegase allí. Lo sabría cuando llenara sus pulmones de aire puro y se sintiese vivo de verdad.

—No —dijo escabulléndose de los brazos de Thato. Estaba cansada de intentarlo. Lo había hecho ya demasiadas veces y rezado para sentir un amor distinto que al de un hermano, como el que sentía por su marido, pero no podía.

—Han matado a Johnnie, un chimpancé del zoo.

No esperaba que Thato entendiese la tristeza que llevaba en su corazón y que la volvía reacia a sus caricias. Sabía que no podría entenderlo, pero no

le importaba porque, por otra parte, era un buen marido: paciente, amable y generoso. Hacía que se sintiera segura.



Cuando era apenas una niña, Sethunya llevaba vestidos de volantes y pequeñas flores que su madre le ponía. Y cuando su madre le pellizcaba el muslo y le decía «Siéntate como una señorita», cruzaba las piernas con firmeza y se estiraba la falda por debajo de las rodillas llenas de costras. Pero incluso cuando estaba sentada en la iglesia, escuchando la «palabra», oía los gritos de los chicos que jugaban al fútbol en la calle. Deseaba que se acabara la misa para poder salir y verlos jugar.

«¡Gooooool!», aclamaban. Quería con todas sus fuerzas ir a jugar con ellos, pero su madre decía que las buenas chicas solo lo hacían al *netball*.

Kgomotso, su mejor amiga, jugaba al fútbol. Su madre decía que las chicas podían ser lo que quisieran, igual que los chicos. Caminaban juntas a casa, se cogían de la mano, saltaban y disfrutaban de la mutua compañía. Cuando las otras niñas hablaban de los chicos entre risitas nerviosas, ella solo pensaba en Kgomotso.

Y un día esta la besó, haciendo que Sethunya experimentase una sensación de tibieza en sitios en los que las buenas chicas solo hablaban entre susurros. Se le ponía la piel de gallina mientras ella le recorría la espalda de arriba hacia abajo con las manos. Notaba el calor en la punta de sus dedos, y el ardor en las mejillas.

Después de aquel beso, Sethunya había ido todos los días a casa de su amiga, deseando más, hasta el día en que un chico de la iglesia las vio y murmuró y murmuró hasta que los rumores llegaron a oídos de su madre. Esta habló con Sethunya con la expresión más triste que pudiera haber.

—Aléjate de ella, ¿me oyes? Una buena chica no se comporta de esa manera.

Aquella advertencia había sido suficiente.

—Ya no podemos ser amigas —le dijo Sethunya al verla. Atesoró el recuerdo de Kgomotso en el corazón e intentó alejarse de ella, pero Kgomotso no se marchó.

Sethunya rezaba. Iba a la iglesia y arrodillada frente a la Virgen María, pedía su perdón, pero las plegarias no reprimían sus sentimientos. Cuando no sabía a dónde más acudir, iba al confesionario y, con la cabeza gacha, hablaba.

—Perdóneme padre, porque he pecado. Hace ya tiempo que no me confieso... He tenido pensamientos impuros —titubea, y mientras dice aquello siente que las paredes de la pequeña habitación se contraen cada vez más, como si intentaran exprimir el pecado de su interior.

—He estado con una mujer. —Oyó los latidos de su corazón retumbando en su cabeza y añadió—: y estoy muy arrepentida.

Luego esperó mientras el silencio crecía hasta llenar la estancia. Sintió ganas de salir corriendo. Pero entonces, detrás de la cortina, una voz sentenció: «Veinte avemarías, hija».

Sethunya había rezado muchas más, hasta que las oraciones fortificaron la debilidad de su carne.



Sethunya volvió una vez más a leer la noticia sobre Johnnie y tuvo que retirar suavemente con la sábana las lágrimas que amenazaban con brotar. Qué boba era, llorar por un animal como si fuera una persona. Entonces pensó en Kgomotso. A veces, era una melodía lo que la traía a su memoria, otras, el lánguido caminar de una mujer.

Una vez iba en un minibús y creyó haber visto a Kgomotso apoyada contra un árbol. Piel de ébano, cabeza afeitada y aros gigantes como los que siempre llevaba en las orejas. Uno de los pasajeros comentó que odiaba a las mujeres que intentaban parecer hombres. «Mirad a esa de allí», dijo entre carcajadas. «Esa, lo que en realidad necesita es que un hombre de verdad le enseñe a ser mujer». El hombre sentado frente a ella se rio, y también la mujer que iba a su lado. Sethunya se hundió en su asiento, sacó un lápiz de labios de su bolso y cubrió de malva su vergüenza.

Sethunya sacude la cabeza tratando de relegar esos pensamientos, dobla el periódico con cuidado y lo apoya sobre la mesilla. Desliza las piernas fuera de la cama, lentamente, para no despertar a Thato.

Estaba saliendo de puntillas de la habitación cuando este la interrumpe:

—Dime, Sethunya.

Sethunya se quedó helada, a continuación se giró despacio hacia él.

—¿Decirte qué?

—¿Por qué te hago infeliz?

Deseó que Thato no hubiera dicho nada, que la dejase en ese lejano lugar en el que vagaba a veces, pero era su marido, así que por él sonrió, hasta que tuvo la sensación de que la mueca le llegaba hasta los ojos.

—¿Cómo puedes pensar eso? Tú no me haces infeliz. Solo pensaba. Los domingos me hacen reflexionar. Cuando era pequeña, estos días eran especiales para mí. Mi madre cocinaba pollo con arroz, y de postre comíamos guayabas y natillas. Me ponía vestidos con volantes y decía que era «el día del Señor». Podía oírse a sí misma burbujeando como una olla de carne cocinándose a fuego alto.

—Pero es que es el día del Señor —dijo Thato, y empezó a cantar, bajito, para ella, el himno que habían cantado esa misma mañana en la iglesia. Aunque llevaban casados cinco años, su voz todavía tenía la habilidad de detenerla en medio de una oración. Debería haberlo seguido, envolver su voz con la de él. Sabía que eso era lo que él quería, pero en ese momento, los recuerdos de Kgomotso invadieron su mente, espontáneamente, sin desearlo.

—Ven. —Aun así, ella no se movió y Thato dijo de nuevo—: todo irá bien.

A continuación, se volvió a sentar en la cama. Deseaba poder deshacerse de su infelicidad. A veces, quería que él no fuera tan bueno, que hiciera lo que otros hombres, que salían a beber por las noches y regresaban al amanecer, o ni siquiera volvían; tenían otras mujeres y mentían y engañaban. Si Thato fuera así, ella hubiera tenido una buena razón para marcharse.

Pero sabía que nunca dejaría a Thato. Pensar en una vida sin él, la paralizaba. Por eso se quedó con la lucha de mantener a Kgomotso fuera de su mente, y para intentar no desear más de lo que tenía. La mayoría de las veces, lo conseguía, pero aquella noche, mientras dormía junto a su marido, Kgomotso regresó más vívida que nunca y perturbó sus sueños. En ellos, empezaron a perseguirla. Sus pasos hacían rugir la tierra, espoleándola a correr, para huir de aquellos brazos extendidos que querían darle alcance y

amarrarla: su madre, el padre Simon, las mujeres de ojos tristes con sus *doeks* en la cabeza. Ella corría cada vez más rápido, con la boca abierta, tragando aire para purgar el miedo que obstruía sus pulmones. Tropezó, pero logró levantarse y, según lo hacía, pudo ver una puerta al final de la carretera. Corrió hacia ella y de repente se sentía más liviana a medida que el miedo la abandonaba; corría tan rápido que los pies apenas tocaban el suelo. Por fin, estuvo al otro lado de la puerta. Miró hacia atrás esperando encontrar a Kgomotso, pero mientras la esperaba, la puerta se golpeó con un sonido metálico: el padre Simon la había cerrado y había tirado la llave.

Los sonidos de un lunes por la mañana la despertaron: el ruido del escobillón de su vecina que barría el patio, los minibuses con sus cláxones, los estudiantes riendo. Los bostezos de Thato. La acercó hacia él y ella se dejó. Sintió su calor, la familiar robustez y firmeza mientras la envolvía en un abrazo y besaba su frente.

Cuando salió de la cama, sonrió. El sonido de las zapatillas de Thato atravesaban lentamente el pasillo hacia el cuarto de baño. Sonrió de nuevo al oírlo cantar y notar que su voz se elevaba por encima del ruido del agua de la ducha. Eran las melodías de su matrimonio, que la envolvían como una colcha en una mañana invernal.

Se levantó y aireó las mantas como su madre la había instruido. Deshizo la cama, abrió el baúl y desenvolvió las sábanas blancas con bonitas flores rosas bordadas en los extremos. Pero, mientras lo hacía, oyó unas voces que empezaron a cantar: «A Sethunya le gustan las chicas. Sethunya prefiere a las chicas».

## Lluvia de Botsuana

Fue mi madre quien llamó para contármelo. Lo hizo, a esa hora intempestiva de la noche, cuando se transmiten normalmente los mensajes de que alguien ha nacido o muerto. Sentí la vibración del móvil que estaba en la mesita de noche.

—Sethu —dijo cuando atendí—, tengo que darte una triste noticia.

Supe entonces que sería grave. Era raro que mi madre me llamara por el nombre que solía usar cuando yo era niña, y más raro que no supiera elegir las palabras adecuadas.

—Kgomotso se ha marchado.

—¿A qué te refieres con que se ha marchado, mamá?

—Ha fallecido.

—No, mamá... ¿Cómo?... ¿Cuándo? —susurré. Presioné el móvil sobre mi oído y esperé a que hablara. La escuchaba respirar, oía los latidos mi corazón en la cabeza. Me arrepentí de haber preguntado la causa de la muerte de Kgomotso, pero necesitaba saberlo, aunque yo misma despreciaba la forma en que la gente de Botsuana indagaba sobre la causa del fallecimiento de una persona; de la misma forma en que una enfermera buscaba en tu brazo la vena correcta de donde extraer la sangre.

—Se suicidó. Su cuerpo fue encontrado ayer. El funeral será este sábado. Y... Sethu, te dejó una nota.

¿Una nota? ¿Por qué Kgomotso se quitó la vida y por qué me dejó una nota? El miedo se esparció por mi estómago como quien deja caer una piedra en una gaseosa de cola.

Thato estaba dormido a mi lado. Dormía profundamente, como lo hace nuestro bebé, con la boca ligeramente abierta y un brazo envolviendo su cabeza.

¿Qué pasa si la nota de Kgomotso revela mi secreto? Me escabullí de la cama cuidando de no despertarlo, preguntándome si alguna vez volveré a dormir de forma tan plácida.



Cuando era niña la vida llevaba un orden. Los inviernos eran fríos y secos, los veranos calurosos y húmedos, tal como decía el libro de texto de geografía sobre el clima de Botsuana. Los días de lluvia corría afuera y chapoteaba dejando que el lodo se me escurriera entre los dedos de los pies. Agitaba mis manos al aire gritando «Lluvia, lluvia, hazme crecer», mientras me dedicaba a perseguir grillos blindados que aparecían con el arco iris como soldados en marcha.

Después de la lluvia, jugaba al fútbol descalza en la arena, y no me importaba que la gente me confundiera con un niño. Cuando el sol ardía, descansaba en la sombra con las piernas flexionadas y los codos sobre las rodillas. Mamá se acercaba de forma sigilosa detrás de mí, para aplaudir como un relámpago crepitante y decía «¡Sethunya! Siéntate como es debido, no como un campesino». Estiraba las piernas presionando los muslos, para parecerme más a una señorita.

En aquel entonces, Kgomotso era mi mejor amiga. Tenía diez años cuando su familia se mudó a la casa en nuestro callejón sin salida. Nos gustaba tumbarnos juntas de espaldas bajo el árbol de marula, cogidas de la mano, y succionar su fruta amarilla. Ella era una soñadora, incluso en aquel entonces. Le contaba una historia tonta y se partía de la risa. Decía: «Shhhh, Sethunya. Escucha. El viento me está susurrando mi futuro... escucha. Dice que un día volaré a una tierra lejana donde podré ser lo que yo desee».

Cuando mis caderas de niña ganaron volumen, las nalgas se redondearon y suavizaron y mis senos del tamaño de la marula se hincharon en el pecho, mamá me dijo: «Los niños son un problema. Huye de los problemas».

Pero ella no debería haberse preocupado. ¿Muchachos? No me interesaban. Era la persona más feliz del mundo cuando estaba con Kgomotso y no quería compartirla. Cuando todas las chicas de mi clase cuchicheaban y reían como tontas por los chicos, para indagar a quién le iban a preguntar si acudirían al baile de la escuela, a mí realmente me tenía sin cuidado. Aun así, les seguí el juego. No quería ser la rarita.

A medida que crecía, la vida me puso a prueba. Casa. Colegio. Iglesia. En todas partes, parecía como si me estuvieran echando en un molde.

En la escuela tenía que memorizar qué hacía diferente el polvo a la tierra. Luchaba para recordar si había que barrer primero y luego abrillantar, abrillantar primero y luego barrer. En casa mamá preguntaba: «¿En qué clase de mujer te vas a convertir?». A medida que crecía, su pregunta mutaba a: «Oh, Madre del Amor Hermoso, ¿qué clase de esposa serás?». Me esforzaba por ser una hija obediente, una buena mujer.

Todos los domingos me vestía con mi conjunto floral de dos piezas para asistir a la misa matutina. Cada vez que el padre Simon advertía «el infierno arde más que el fuego» y ordenaba «expulsar al diablo», sentía llamas que chamuscaban mi cuerpo y me retorció en mi asiento. Enseñaba en la escuela dominical, era parte del coro de la iglesia y temía al Señor. Quería con todas mis fuerzas ser hija de Dios y poder ir al cielo donde todos éramos familia y donde todos éramos felices.

Me esforzaba para apagar esa cosa que habitaba en mí y que impedía que me durmiera por la noche deseando estar con Kgomotso. No podía decirle que no a ella. Cuando me abrazó y me apretó contra su cuerpo, prometí que nunca volvería a suceder.



Mi amor por Kgomotso era como la lluvia de Botsuana. Impredecible. Se lo entregaba con moderación. Cuando ella respondía, yo contenía mi amor. Entonces se aferraba a mí, como un puñado de hierbas que crecían profundamente en la grieta de una roca, tratando de absorber la máxima humedad posible.

Pero Kgomotso estaba muerta... ¡No! Había partido a esa tierra lejana que soñaba con delicados rosas y verdes pasteles, donde el sol no brillaba demasiado y ya hacía un tiempo los corazones de las personas se secaban y endurecían como el *biltong*, la cecina. Al menos, este pensamiento me consolaba.



Reviví la última vez que la visité. Me había llamado, diciendo que necesitaba hablar. Nos encontramos en su casa. Cuando me abrazó, dejé que mis brazos se quedasen suspendidos. La noté distante; sus palabras moraron en mí, incluso después de haberme marchado, como charcos después de la lluvia, turbios y marrones, ocultos tras las rocas, debajo de la superficie.



—¿Piensas a veces en mí? —quería saber.

—A veces —respondo.

—¿Lo amas?

—Por supuesto. Es mi esposo.

—Tal vez podrías visitarme... de vez en cuando.

No respondí.

—¿Has pensado alguna vez en suicidarte?

Su pregunta me dejó perpleja. «Jamás. El suicidio es un pecado mortal», le respondí utilizando la voz de mi catequista dominical. Mis palabras paralizaron sus preguntas. Me preparó un café, con dos azucarillos, sin leche, de la misma manera que lo hacía yo.

Me observaba mientras yo comía la tarta que me había ofrecido; de chocolate, mi favorita. Pero pronto el silencio entre nosotras se hizo insoportable.

Me marché.



Aunque no quería, Thato me acompañó al funeral de Kgomotso. Era mi esposo y siempre hacía lo correcto; así era él. Condujo en silencio desde nuestra casa a la de ella. Me quedé mirando por la ventana preocupada por lo que la nota de Kgomotso pudiera revelar.

Su casa parecía más lejos de lo que recordaba, pero tal vez era porque Thato conducía despacio. La lluvia había removido el pavimento de la carretera, para crear un mosaico de gravilla, alquitrán y baches. Cuando

íbamos acercándonos a su casa, vi a una mujer sentada sola a la sombra de la marula, el árbol donde solíamos estar con Kgomotso, fingiendo ante el mundo que solo éramos amigas.



Mientras Thato conducía, recordé cuando lo conocí. Yo tenía veintitrés años y él acababa de regresar del extranjero. Tocaba el órgano y cantaba en la iglesia. Me enamoré de su voz. Al cantar, las notas resurgían desde el fondo de su garganta y se expandían por el templo. Se reía fácilmente. Sus hombros eran anchos y me ganaba en altura; tenía que inclinar la cabeza para mirarlo a los ojos. Me había acompañado a casa, después de los ensayos del coro, durante algunas semanas.

Una noche me preguntó: «¿Tienes novio?».

—No.

—¿Y eso? ¿Cómo puede ser que una chica tan bonita y que su nombre signifique “flor” no tenga novio?

—Tal vez estaba esperando a que llegaras tú —le dije con una sonrisa.

Se rio, tomó mi mano y le dio vuelta para depositarla en la suya. Luego acarició la palma. Mi mano parecía diminuta sobre la suya, pero sus caricias eran suaves, como las de una mujer. «Me gustas», dijo, «mucho».

Sonreí. Le gusto a Thato. De todas las mujeres que tenía para elegir, me escogió a mí. Pensé en Kgomotso y retiré la mano. Me miró y dijo: «A veces te miro, Sethunya, y me pregunto si estás aquí conmigo».

—Ao? *Re mmogo*, Thato. ¿Qué? Estoy aquí contigo. No me has visto nunca con nadie más, ¿no?

Negó con la cabeza y dijo: «Un día, Sethunya, me llevarás contigo, a ese lugar donde sueles ir».

Sonreí. Resultaba ser más simple que encontrar las palabras para algo que no podía explicar. En ese momento, aprendí que era más fácil mentir en mi lengua materna.

Después de un año de estar saliendo juntos, Thato envió a sus tíos a mi casa. Llegué a ella y olía a tabaco de ron y arce. Su tío, un fumador de pipa, había venido para decirles a mis tíos que su sobrino buscaba una *segametsi*,

una portadora de agua. El aroma de la pipa no se había diluido en la habitación, cuando mamá ya estaba llamando al padre Simon para anunciarle «Sethunya se va a casar». Un mes más tarde llegaron diez cabezas de ganado, vivas, con Thato corriendo detrás. Nuestras familias habían hablado. Me convertiría en la esposa de Thato.

Vi orgullo en el balanceo de caderas de mamá al dirigirse hacia el banco de adelante en la iglesia. Mantenía la cabeza erguida como si estuviera portando sobre ella un cubo lleno de agua. Escuché cuando, en el verso final, las notas musicales que reproducía vibraban más alto que todas las demás. Sentí su placer mientras acariciaba las suaves sedas con las que dijo que me haría un hermoso vestido de novia.

Su emoción era contagiosa. El día de la boda, llevaba un vestido blanco con una larga cremallera y unas pinzas que me levantaban los pechos, y me rozaba desde los muslos hasta los tobillos. Tenía una cola que barría todas mis dudas debajo de la alfombra roja que conducía a la iglesia. Repetí las palabras del Padre Simon, que amaría y obedecería a mi esposo, tanto en la enfermedad como en la salud, y recité el resto de palabras destinadas a definir el matrimonio.

Cuando el padre Simon dijo: «Ahora los declaro marido y mujer», Thato levantó impaciente mi velo para besarme. Sonreí, recatadamente como una buena mujer. Con nuestras manos unidas, bailamos al ritmo de «*Fiel, fiel, fiel ngwanyana*»<sup>8</sup> mientras un grupo de extraños se concentraban conforme nosotros saludábamos a la congregación. Marido y mujer. Comenzó a lloviznar cuando salimos de la iglesia. Pequeñas gotas de agua se entremezclaban con el confeti mientras todos coincidían en que habíamos sido bendecidos.

«Recuerda agradecerle al Señor por darte un esposo tan maravilloso», dijo mi madre.

En la primera mañana de nuestra vida de casados, mientras descansaba junto a Thato, seguía lloviendo. Las suaves gotas golpeaban las ventanas con un tímido tamborileo, en contraposición a las tormentas de Botsuana que generalmente tronaban como si Dios estuviese enfurecido.

Giré la mano de un lado a otro y vi brillar mi anillo. Quería quedarme quieta en la cama y oír la lluvia; escuchar mis pensamientos. Cerré los ojos

y olí a coco y fresa. Mientras me acordaba de Kgomotso, sonreí con tristeza.

—Dime, Sethunya. Sabes que puedes contarme lo que estás pensando —susurró Thato mientras trazaba mis labios con su dedo.

—Oh, solo estoy feliz por la lluvia —repuse, pero sus palabras lograron robarme una sonrisa haciendo que me escabullera de sus brazos. Si no hubiese hablado, estropeando mis recuerdos, me habría quedado.

Cuando Thato me dijo que me amaba, contuve mi cuerpo a la espera de otra sensación, la misma que me arrastraba en una ola cuando Kgomotso me rozaba el cuello con los labios. Cuando olía el dulce coco de sus cabellos, cuando sus labios sabían a fresa. Mis pezones se endurecían como si fueran ligeramente besados por una fría brisa y sentía calor en zonas cuyos nombres no podía pronunciar en voz alta. Luego ella tomaba mi mano entre las suyas y reposábamos juntas en su cama, volando a aquellas tierras que yo solo había soñado.

Pensaba en Kgomotso mientras yacía junto a mi esposo; en cómo el silencio no era una amenaza para ella, no la inquietaba como a Thato.

Recordé cómo le había hablado de él. Fue un domingo después de la iglesia, el día en que solía ir a verla. Esperé a que se acomodara en el sofá y luego tomé la silla más alejada de ella.

—¿Cómo te lo cuento? Sabes que me he estado viendo con Thato, ¿no?

—¿Viéndolo? Dijiste que era un buen amigo.

—Es un buen amigo... un muy buen amigo. Me ha pedido que me case con él. Le he dicho que sí. Nos vamos a mudar. Tiene un trabajo, en Johannesburgo.

Ella miró hacia otro lado, desconcertada como un pájaro que se da contra el cristal de la ventana. Luego me miró y dijo: «Pobre Thato. Estás cometiendo el mayor error de tu vida, Sethunya».

—Pero, Kgomotso, sabías que esto sucedería algún día. ¿Cómo quieres que termine esto? Vivo con el miedo a ser descubierta. Imagina la vergüenza. La policía... la cárcel...

—Ah, es tu vida. Sigue mintiéndote a ti misma.

No pude responder. No me acompañó hasta la entrada como solía hacerlo. Solo cerró la puerta principal cuando salí. No sé si me vio caminar hacia la verja. No miré hacia atrás. ¿Qué sabía ella sobre el amor legítimo?

Dejé de ir a su casa después de ese día, evité los lugares que ella frecuentaba. Cuando la veía por la calle, la saludaba con educación, como lo hacía con la gente mayor, «*Dumela mma. O teng, mma?*»<sup>9</sup>. Cada vez que se mencionaba su nombre, fingía no escucharlo; o hacía eco de las palabras que otras personas decían cuando hablaban de ella. Le ponían motes horribles, decían que pretendía parecerse a un hombre, que todo lo que necesitaba era uno que la curara, que estaba enferma, que qué le pasaba a la chalada esa.

Pero cuando me encontraba sola, recordar a Kgomotso me llenaba de anhelo. Pensaba en sus ojos de liebre, que la hacían parecer adormilada, imaginaba acariciar su suave piel oliva y besar su nariz, que era pequeña y puntiaguda dentro de un rostro ovalado.



El sol brillaba cuando apenas llegamos a la casa de Kgomotso. Pero a medida que el servicio fúnebre avanzaba, unos nubarrones comenzaron a juntarse, igual a como se amontona el ganado. Pronto, la lluvia golpeó la tierra y lanzó al aire el olor del suelo recién mojado.

Había escogido un traje con cuidado y cubrí mi temor dentro de un uniforme de respetabilidad. Llevaba un vestido del tamaño de una tienda de campaña, un chal sobre los hombros, un *doek* en la cabeza y unas gafas oscuras de sol. Caminaba al lado de mi marido, con altos tacones que hacían ruido, como si estuvieran chapoteando o besando la tierra empapada. Me estaba comportando como una buena mujer motsuana.

Mientras bajaban el cuerpo de Kgomotso a la tumba inundada, el ataúd entraba chocando y dando golpes a los lados del hoyo. Los hombres lo rellenaron con sus palas provocando que el sonido seco del barro contra la madera devorase mi alma. Thato se quitó la chaqueta, cubrió mis hombros con ella y luego cogió también una pala. Observé los músculos de sus brazos mientras cubría a mi amante con tierra. Sentí el escozor de las lágrimas, parpadeé y parpadeé para evitar que cayeran.

Cuando entré en la casa para ofrecer mis respetos, la madre de Kgomotso me dio un sobre. Sentí que me observaba mientras le daba la vuelta al

meterlo en mi bolso. Más tarde, lo saqué y lo abrí lentamente:

*S.*

*No pude soportarlo. Me voy a un lugar mejor.*

*Kgomotso*

Eso fue todo. Después de leerlo lo doblé de nuevo.

Sus palabras fueron tan insípidas como la comida del funeral, pero lo entendí. Había firmado su nombre con su característico lazo gigante en la “g” y líneas dobles debajo. Recordé cómo solíamos practicar nuestras firmas.

—No presiones tanto el papel —le decía.

—No puedo hacer florituras como tú, Sethunya.

Quería llorar hasta quedarme sin aire. Quería vestirme de negro y quedarme tumbada como la tradición les exigía a las viudas, envuelta en el dolor, para que todos supieran que había perdido una parte de mí. En cambio, evité llorar, como los hombres. Nadie me dijo «Ao, qué desgracia. Pobre criatura. Ya pasará. Intenta ser fuerte».

Vi que Thato me miraba. No le enseñé la nota, tampoco me pidió verla.



La mañana después del funeral, acostada en la cama junto a Thato, empecé a echarla de menos. Me di cuenta de que debería haberme escapado con ella; deseaba que un día la encontrase en ese oasis donde todos eran felices.

Esto es lo que estaba pensando cuando mi marido tocó mi hombro. Pero me alejé de él y cerré los ojos.

Entonces nuestro hijo gritó: «Papá».

Vi a Thato salir de la cama y levantar a Lerang de la cuna. Lo trajo a la cama, se acostó y se lo puso sobre el pecho.

Nos acostamos juntos en silencio, mi marido, mi hijo y yo.

## La vigilia

Mi mejor amiga estaba muerta y enterrada.

La madre de Lebo dijo que una enfermedad aguda y fulminante la mató. Yo estaba aliviada de haberme librado de tener que enterrarla. Había estado en Inglaterra, lo suficientemente lejos de Botsuana, de la familia Lebo y de los amigos. Se entendía que no había podido volver a tiempo para el entierro.

Estudí el programa de su funeral. Era todo lo que me quedaba de Lebo. Su cara mal impresa me miraba desde la primera página. Debía tener unos veinte años cuando le tomaron la foto, desde entonces ya tenía esa mirada. Una vez cuando estábamos en el instituto, nuestra profesora de Valores Éticos la miró fijamente a través de sus delgadas gafas, castañeoó con los dientes y la llamó «la mirada de Jezabel». Esa es la mirada que tienen los hombres —viejos, jóvenes, negros, blancos— que tropiezan, unos con otros, en una frenética carrera por ganar su aceptación.

Los nombres de los oradores estaban escritos en el interior de las páginas. El señor Nthobatsang, el tío de Lebo, habló como representante de la familia. Lo conocía muy bien. Fue con su traje cruzado de boda y funeral, de color carbón, que había sido planchado tantas veces que las finas rayas blancas se habían percutido en un tono gris. La abertura en la parte posterior de la chaqueta se abría y se estiraba de par en par. Casi podía escuchar su grave voz diciendo lentamente, «*Ngwana wa rona o re tlogetse re solohetse go le gontsi mo go ene*», «nuestra niña nos dejó cuando todavía teníamos muchos sueños depositados en ella». Siendo un tío bondadoso, habría descrito a Lebo como una sobrina cálida, disciplinada y generosa, que la vida se llevó antes de tiempo.

El programa tenía la palabra «amiga» escrita a mano. Mi nombre aparecía tachado. Estaba programado que hablase como amiga de Lebo, si hubiera estado allí. Después de todo, ambas habíamos compartido mucho.

La *mooki*, la cuidadora que se había ocupado de la difunta, era la tercera en hablar. Era su tía, MmaDomi; concejala con aspiraciones de convertirse en miembro del Parlamento en las próximas elecciones. En el último

funeral al que asistí, la gente se retorció de vergüenza cuando MmaDomi reveló detalles íntimos de la enfermedad de la fallecida. Cuando luego los parientes enfadados la abordaron, MmaDomi explicó que solo intentaba desestigmatizar la enfermedad. Espero que esta vez haya elegido respeto por los muertos ante el sensacionalismo. De cualquier manera, la *mooki* siempre terminaba con: «Así es como murió nuestra niña. Que su alma descanse en paz».

Decimos que no se debe hablar mal de los muertos. Pero algunos desafían nuestras costumbres. Cavan a gran profundidad para descubrir esqueletos, enterrados debajo de otros esqueletos. Entretejen historias de maldad, con insinuaciones, teñidas de especulación. Sacudimos las cabezas en señal de desaprobación, pero escuchamos atentamente, por temor a que se mencionen nuestros nombres. Oh sí, estos cuentos nos despiertan el interés. Nos reconforta saber que no somos tan malos como las Lebos de este mundo.

A decir verdad, no estaba triste porque Lebo estuviera muerta. A veces, mientras yacía sola en mi gran cama, me preguntaba cómo sería la vida sin ella. Deseaba que su príncipe viniera y se la llevara a Lentswe la Baratani, «La Colina de los Amantes», donde el folclore decía que los enamorados iban y nunca volvían. La verdad era que odiaba a Lebo, pero no quería que su «príncipe azul» tuviera una enfermedad aguda y sin nombre.

A veces, me enfadaba cuando pensaba en ella. La ira se enconaba dentro de mí como una llaga que se negaba a sanar, pero la mayoría de las ocasiones, pensar en ella me asustaba. El miedo me helaba los dedos de las manos y de los pies en una tarde de noviembre a 39° de calor, y podía hacer que mi frente ardiera al tacto en una invernal mañana de junio. Ese mismo miedo se deslizó sigilosamente sobre mí mientras dormía e hizo que me sentase en posición vertical en medio de la noche.

Habían transcurrido seis meses desde su muerte, pero mientras estaba sentada en mi oficina, empequeñecida por el escritorio de caoba del tamaño de un hombre, sentí un familiar golpeteo en mi pecho. Un latido arrítmico y pulsante llegó a mi cabeza y golpeó contra mis sienes. Las voces se mezclaron.

«Lebo está muerta. Que su alma descanse en paz», cantaron.

Hice la señal de la cruz con mi mano derecha y junté ambas para orar. Estaban húmedas. La aprensión llenó mi vejiga. Me dirigí al baño de chicas.

«*Dumela, mma*», el delicado y respetuoso saludo me recordó quién era yo. Las mujeres de mi trabajo pensaban que yo era invencible. Levanté la vista, acorté mi andar y moví mis caderas de un lado a otro mientras caminaba por el pasillo. Al entrar en el baño cerré la puerta con el pestillo y me observé en el espejo.

Unos ojos color avellana me miraban fijamente. Las lentillas de colores hacían eso. Una piel sin manchas; el beneficio de usar un maquillaje extranjero. El mío no era el rostro de una mujer presa de un miedo irrefrenable.

Mientras secaba una gota de sudor de la punta de mi diminuta nariz, reaparecía otra en la frente, y luego otra. Ríos de sudor corrían por mi espalda, provocando que se me pegara la blusa de seda a la piel. Resucitaron imágenes que habían sido enterradas en lo profundo de la tierra y que nadie podía reconocer. Bailaban detrás de mis párpados, siluetas de un hombre y una mujer. El vestido de la mujer ondeaba en el aire y se arremolinaba por encima de sus rodillas. El hombre le extendió la mano. Le dio vueltas y vueltas. Su vestido salió volando. Los dos se unieron. Sus cuerpos desnudos se retorcieron y giraron. Se retorcieron y gimieron en éxtasis y repitieron la macabra danza. Lebo. Lebo y Ntsimane.

Llamaron a la puerta. De repente las imágenes desaparecieron. Volví a recuperar el control.

Tiré de la cisterna, crucé la puerta y, con la vista al frente, volví a mi oficina. Abrí la ventana que daba a la ciudad de Gaborone y me sumergí en mi suave silla de cuero ejecutivo: bocinas de taxis a todo volumen, niños riendo, una procesión nupcial, un coche fúnebre negro en dirección contraria. La cerré y volví al escritorio. Mi bandeja de entrada rebosaba.



Eran las 7 p. m. cuando llegué a casa. Encendí el televisor justo a tiempo para los titulares de las noticias: «Los precios de la gasolina volverán a subir a medianoche... La conferencia sobre el sida fue inaugurada oficialmente por...». Lo apagué y me fui a la cocina. La nevera estaba vacía.

Volví al coche y conduje hasta el centro comercial Riverwalk para comer algo.

Estaba saliendo del vehículo cuando vi al mejor amigo de Ntsimane, Charles.

—No te encontré en el funeral —dijo.

—Estaba fuera.

—Qué lástima.

—*Eish*. Una pena —repetí.

Se alejó con una joven en edad de casarse aferrada a su brazo y me pregunté si usaban condón. Había sido el padrino de mi boda, Lebo, mi dama de honor.

Ahora ella había muerto de “una enfermedad aguda”, un coloquialismo para el sida en Botsuana. Mientras que los jóvenes bailan al son de «Da una buena impresión. Usa siempre condones Lover's Plus» de la cadena de televisión local, sus padres hablan de esta enfermedad en voz baja. Reconoces sus síntomas en los demás, y ellos sufren la vergüenza. La mayoría de la gente jura que no lo tiene pero nunca se ha hecho la prueba. El sida pone inexorablemente a culpables e inocentes en la misma bolsa. Y a mí me ató a Ntsimane y a Lebo.

Lebo, mi linda Lebo. De piel marrón, marrón café con mucha leche. Sus ojos de gacela portaban un misterio. Su boca, pequeña y con labios carnosos, prometían pasión. Llevaba su pelo negro como el carbón en gruesos tirabuzones sobre sus hombros, mucho antes de tener temores y de que estos «confirmaran las sospechas». Sus caderas eran anchas, perfectas para la maternidad. Un amplio y firme trasero equilibrado bajo una pequeña cintura. Se rumoreaba que por sus venas corría una mezcla de sangre europea y africana.

Cuando Lebo irrumpía en una sala, proyectaba una sombra sobre todas las demás mujeres. Tirabas de tu hombre cuando ella estaba cerca. «Lebo no está a la venta, no se la casa con nadie», decían los hombres. Era muy hermosa, demasiada mujer. Pero la deseaban, porque encendía un infierno en sus entrañas. Atizaba el fuego con apenas una media sonrisa que los empujaba hacia ella; la perseguían, sin saber que en realidad eran ellos la presa de una depredadora. Cuando los desechara, volvían a casa, desaliñados, desgastados y cansados. Pedían perdón a sus legítimas esposas y hablaban de Lebo con desprecio —decían que era una simple tipeja que

no valía ni dos duros—. «Serás la madre de mis hijos», los hombres prometían, y las auténticas mujeres ronroneaban.

Lebo ya parecía enferma la última vez que la vi. Su piel pálida, gris y sus secas mejillas estaban marcadas por una retícula de finas líneas. Un rosa fucsia teñía el interior de sus labios y encías. Sus curvas se habían reducido como las caderas de un niño. Sus magníficas rastas ya no estaban. En su lugar, tenía el pelo con corte a cepillo. Cuando la saludaba, apenas podía devolverme el saludo tosiendo un «*dumela*» entrecortado y sin pronunciar la segunda sílaba. Era una tos retorcida y temblorosa. Del tipo que expulsa la flema más obstinada de su refugio acompañada con sangre. Quería que Lebo se sintiera menos avergonzada, así que también tosí. Recuerdo haber pensado que la tos debía ser contagiosa, como el bostezo. Desde ese día, viví con miedo.

Cada vez que se mencionaba su nombre, el miedo aumentaba un poco. Cuando oí que un compañero suyo había muerto, el recelo se transformaba en abatimiento. Fue entonces cuando Ntsimane comenzó a enfermar. Ninguno de los dos le dio un nombre a la enfermedad. Fue suficiente con saber que él sabía que yo sabía y yo sabía que él sabía.

Mi Ntsimane. Era mío y de Lebo. Me dejó por ella y volvió cuando esta se cansó de él. Yo lo amaba tanto que sabía que mi amor borraría a Lebo para siempre de su corazón. Sobreviví a siete años de matrimonio mirando hacia otro lado cuando la mirada de Ntsimane se posaba demasiado tiempo en una cara bonita. Opté por no oírle susurrar por teléfono a oídos desconocidos. Todo lo que escuchaba era el crujido de los pantalones y su camisa cayendo en una pila de ropa arrugada sobre la alfombra, cuando abría los brazos hacia él.

El día que me comentó que no se sentía muy bien, mi miedo se desbordó, como si a la cerveza casera le agregaras levadura. Su salud se convirtió en un barómetro para mí. Iba a la iglesia los miércoles y domingos y rogaba a Dios que le perdonara, que nos perdonara, pero un día me susurró: «Cariño, estoy tan cansado. Necesito descansar». Sus últimas palabras fueron: «Lo siento. Perdóname».

La noticia de la muerte de Ntsimane se difundió más rápido que el fuego de una soldadura. Atizado por los vientos de agosto, volaba de boca a boca. «El virus» o «las cuatro letras», susurraban. A aquellos que me preguntaban les decía que mi querido marido murió de cáncer.

Me afeité la cabeza, como una buena esposa; enfundada de negro, de pies a cabeza, lo lloré durante un año. Puse final a mi vigilia el día que me despojé de la ropa negra.



Mientras espero los resultados de mis pruebas, el himno favorito de Ntsimane suena en mi cabeza, «*It is well. It is well. It is well with my soul*»<sup>10</sup>.

## Rizos mestizos

Llevamos siete días de agosto, el mes del viento. Han pasado varias noches desde que volví a la casa de mi madre.

Abro los ojos a los sonidos de la aurora, en el pueblo, y me levanto de la cama para pararme junto a la ventana del dormitorio. Una mujer barre el suelo con una mano; apoya su otro brazo sobre la espalda y curva la cintura mientras se mueve en línea recta de un extremo al otro del patio. Sacudo la cabeza ante la inutilidad de sus movimientos.

Incluso mientras lo hace, la brisa arranca las hojas amarillas del árbol *mosalaosi* y las esparce por el suelo. Dan volteretas a través del patio recién barrido. Una bolsa blanca de plástico da saltitos y queda atrapada en la esquina de la casa, donde comienza la veranda.

Es como si Dios sostuviera un tamiz gigante sobre el pueblo, lo girara y girara, esparciendo polvo por todas partes. Este se filtra a través de las mosquiteras, alfombra los suelos de la casa, cubre nuestros zapatos y se adhiere al cabello como la tiza a las manos del profesor.

Voy a la galería y me acomodo en la silla favorita de mi madre.

Cuando era joven, yo debía barrer el suelo todos los días. Una vez por semana lo limpiaba, y luego me arrodillaba para hacerlo brillar con una cera roja como la sangre de buey y un cepillo. Mi madre inspeccionaba el trabajo mientras fregaba. Con las manos en las caderas y un largo suspiro señalaba las irregularidades.

«Mira ese lugar, Sethunya, allí, detrás de tu pie. ¿En qué clase de mujer te convertirás si ni siquiera sabes mantener limpio un suelo?», solía preguntar.

Siempre llevaba uno de sus vestidos *leteisi* hechos a mano y que le llegaba hasta los tobillos. Mi favorito tenía un cuello con encaje blanco y grandes bolsillos a cada lado de la cadera. En uno de ellos guardaba las llaves de la despensa, que tintinaban como un cencerro cuando caminaba. En el otro guardaba un paño para pulir cualquier mueble que creyera que necesitaba sacarle brillo.

La última vez que la visité, la encontré sentada en el porche, sorbiendo té de arbusto de una taza que mi hija le regaló, que reza: «La Mejor Abuela».

Entonces me di cuenta de que había envejecido. La vi levantarse de la silla. Se detuvo a mitad del camino como para cobrar ánimo. El pliegue del entrecejo se hizo más profundo. Luego se incorporó, hasta que se puso de pie y agitó el bastón que yo le había ofrecido.

No quiso el audífono que el doctor le recomendó que usara.

—Esa cosa hace que mis oídos hagan «ting, ting, ting», como gotas de lluvia en un tanque de agua.

A veces me cuestiono su teoría. Creo que ella simplemente eligió lo que quería oír.

Mi madre me crio con un cóctel de ancestros, tradición y Dios. No era partidaria de las ideas de esta nueva generación de batsuanas que crían a los niños sembrándolos en tierra extranjera. Un mes antes de que naciera mi hija, y a pesar de todas mis objeciones, se presentó en mi casa de Gaborone para asegurarse de que seguía las reglas de crianza y cuidado del recién nacido. El médico había dicho que el bebé venía de nalgas. Mi madre me trajo una mujer que me masajeaba el abdomen todos los días y orientaba la cabeza del bebé en el sentido correcto.

Una vez que nació April, me mantuvo fuera de la cocina durante tres meses y se ocupó de la preparación de todas mis comidas.

—Debes comer. Es la única manera de que produzcas suficiente leche para el bebé.

Se quedó de centinela en la puerta de mi dormitorio para prohibir las visitas.

—Nunca se sabe qué males alberga la gente. La verán después de que sea presentada oficialmente al mundo. Hagamos las cosas bien, mi niña —dijo.

Un día, años más tarde, siendo April una adolescente, se enfermó tanto que temí que muriera; mi madre la cuidó hasta que recuperó la salud y maldijo los alimentos extranjeros que le daba, en particular el arroz.

Ella sobresalía por encima de la mayoría de las mujeres, era tan alta como muchos hombres de la pequeña aldea. Siempre se cubría la cabeza, pero anoche, cuando fui a la morgue a preparar su cuerpo para el entierro, ya no tenía el *doek* sobre la cabeza. Tracé las líneas de su cara y le acaricié la cabellera.

Su pelo era negro, con mechones grises, y dividido en cuatro partes. Cada una estaba trenzada y oculta por dentro. Pasé mis dedos sobre su cabello, lo sentí suave. No sé por qué había imaginado que sería duro y frágil, de la

misma manera que sus manos se negaban a flexionarse cuando las sostenía entre las mías. Saqué la bufanda que había recuperado del baúl donde ella guardaba todos sus tesoros. La había encontrado oculta entre las hojas de papel tisú donde venía envuelta. Era de seda y del color del arcoíris, la bufanda que una April de veinticuatro años le había comprado a su abuela con su primer salario.

La doblé en un triángulo, envolví su cabeza con ella y la até en forma de nudo en la base de su cuello. Mi madre había dicho que solo la llevaría en ocasiones especiales.

Ahora cierro los ojos y puedo verla ulular y agitar el pañuelo en su cabeza, de un lado a otro, mientras baila y canta alabanzas a su nieta. Cuando los abro, la mujer sigue barriendo el frente del patio. Veo mis huellas en la polvorienta veranda. Me levanto de la silla. La casa de mi madre está aguardando a ser limpiada.



Es la mañana siguiente al funeral. Sentada en la cama, estudio la cara de mi hija mientras duerme. Lo hace igual que yo, curva su cuerpo y acerca sus rodillas al pecho. Estira las piernas y los ojos se le abren para mirarme, pero luego los vuelve a cerrar.

Espero que sueñe en color. Rosa, como las hortensias que crecen tan grandes como mis puños en las macetas de la terraza. O tal vez sus sueños sean naranjas como la Bignonia de invierno —o la Liana de Fuego—, que se retuerce en un sentido y, luego en el otro, mientras trepa por la valla de madera.

Se vuelve hacia mí y extendiendo la mano para echar hacia atrás un mechón de pelo que cubre su ceja. Su cabello solía ser negro, de rizos ceñidos, pero ahora las trenzas son del color de la mora de frasco, con las puntas planas y apagadas, sin ondulación alguna. El mes pasado era de color arena.

Vuelve a girar. Creo que dice «abuela». La miro, pero sus párpados están muy presionados.

Mi hija sueña en inglés, mi tercer idioma. Lo aprendió en las escuelas privadas a las que la envié, y la obligué a hablarlo todo el tiempo, como lo

hacían allí.

«Los niños solo deben hablar *ese* idioma durante las clases de Setsuana», advirtió la maestra.

Quería que mi hija tuviera una vida diferente, mejor que la mía. La envié allí para que un día viajara a lugares lejanos que solo había visto en los libros. Me complace que viva como la gente rica de mi país. Cuando habla, inclina la cabeza hacia atrás y se acomoda el pelo detrás de la oreja.

Pero me entristece que haya olvidado quién es, que rechace nuestras tradiciones. Pensé que aprendería las costumbres occidentales, pero manteniendo las suyas, siempre a su lado, juntas, como el cuchillo y el tenedor con los que siempre comía.

Durante el funeral, se le trabaron las palabras en setsuana mientras intentaba leer los mensajes de condolencia. Su “*robala ka kagiso*” nasal —descansa en paz— debió haber hecho que mi madre se retorciera en su tumba, seguro.

Me ardieron las mejillas y la sangre me brotó en la cara mientras la multitud refunfuñaba su desaprobación. Casi podía oírlos preguntarse qué tontería era esa. ¿Una niña motsuana que no puede hablar setsuana? ¿Qué locura es esa? Sentí el calor de la vergüenza en la punta de los dedos mientras me cubría los ojos con el velo. Mi hija ha puesto en una caja y enterrado su lengua materna tan a fondo que, cuando vuelven las palabras en setsuana, tienen una tonalidad inglesa. Nunca quise que fuera así.

Cuando era pequeña, tenía el pelo corto y negro con pequeños rizos apretados. Tan pronto me los estiraba con un peine, retornaban a su forma, como pequeños resortes. Mi deseo era una melena rubia y ondulada que se meciera al ritmo de mis movimientos. Anhelaba un cabello similar al de las chicas que vivían en las grandes casas que mi madre limpiaba.

Nunca tuve la oportunidad de tener el pelo largo. El último sábado de cada mes, mi madre me llevaba a un hombre que tenía una barbería y zapatería al aire libre en la estación de tren de Gaborone.

Íbamos hasta la parada del autobús para tomar el que nos llevaba allí. Mi madre caminaba rápido y yo tenía que correr un poco para mantener el ritmo. Al llegar al barbero, mamá le daba una botella de alcohol desnaturalizado púrpura y lo dejaba con una advertencia: «Asegúrate de poner las tijeras en remojo antes de tocar el pelo de mi hija. No quiero que pille tiña por tener las cuchillas sucias».

Y se quedaba mirando mientras yo me subía a la silla negra cuya funda de asiento desgastada colgaba a los lados como cáscaras de plátano. Tenía cuidado de no moverme, no fuera que el borde del asiento me cortara los muslos. Luego, sin parpadear, veía el *doek* de mamá cabeceando por el sendero hacia el supermercado detrás de los grandes autobuses que repostaban en el aparcamiento.

El hombre me segaba el pelo con unas tijeras que crujían al utilizarlas como si fueran unas podadoras. Me apretaba la cabeza contra su estómago del tamaño de un balón de fútbol y la inclinaba hacia la izquierda, a la derecha, abajo y arriba con unas manos nervudas que se parecían a las orugas mopane<sup>11</sup>, las que masticaba y escupía mientras cortaba el pelo.

Veía los mechones de mi cabello caer en el centro de los periódicos que cubrían el suelo, alrededor de la silla donde me sentaba. Al terminar, me ofrecía una naranja que era tan grande que tenía que sujetarla con ambas manos. Bajo el árbol de marula, la hacía rodar con mi pie y le extraía el jugo hasta que mamá regresaba. Cuando nos íbamos, el barbero rebuscaba en su delantal y sacaba una piruleta —siempre roja—, con chicle rosa adentro. La presionaba en mi mano y me advertía que la comiera solo después de haber cenado.

A veces le rogaba a mi madre: «Por favor, por favor, mamá, ¿podría tenerlo alisado?».

Pero su respuesta siempre era la misma: «Agradece lo que Dios te ha dado, mi niña. Si Dios hubiera querido que tu cabello fuera liso, lo habría hecho así. No puedes cambiar lo que eres. ¿Cómo vas a mantener el equilibrio de un cubo de agua en tu cabeza?».

Cuando llegábamos a casa, mamá me lavaba el pelo con un jabón rojo, que olía como las manos del barbero, y me ponía vaselina en el cuero cabelludo dejándolo brillante como un espejo. En invierno me ponía dos capas, para proteger mi cabeza del frío. Cálidas lágrimas caían por mi rostro cuando miraba mi reflejo y trazaba los bultos que me surcaban la cabeza. Intentaba no llorar, pero ya podía oír la canción que los chicos cantarían en la escuela:

*Chiskop, tamati,*  
*Lerago la mmisis*  
*Chiskop, tamati,*

## *Lerago la mmisis*

«Calva como un tomate, suave como el culo de una señora».

Dejando la casa para ir al internado, abrí las puertas de la vida sin las restricciones de mamá y las visitas al barbero. Cada viernes mis amigas y yo nos sentábamos en la roca de trenzado para peinarnos cada una a su turno. En el segundo curso de la secundaria la moda era el *strop*. Se trataba de una cuerda con pelo y lana negra que enrollábamos en círculos, alrededor de la cabeza. En 3º, nuestra profesora americana, que llevaba caftanes de colores y pendientes de cuentas, nos enseñó a trenzarlo en pequeñas líneas que hacían que nuestras cabezas parecieran hileras de maíz de una mazorca. En 4º, ahorramos para ponernos extensiones, compradas en la fábrica ghanesa que proveía a las peluquerías que brotaban como hongos por todo el país. Al año siguiente, en 1º de bachillerato, conservé mi cabello al natural, lo lavaba con jabón verde y no aclaraba la espuma. «Estiramiento en frío», lo llamábamos. Los sábados me peinaba al estilo afro gigante. En mi último año de instituto, nos hacíamos el *Jheri Curl* dándole forma a los rizos y dejamos las almohadas tan grasosas como el mono del hombre que nos daba clases de mecánica.



Estoy intentando recordar todos los otros peinados cuando alguien llama a la puerta y grita, «Mma Lorato». Es justo cuando la puerta se abre y mi tía asoma la cabeza, que me doy cuenta de que me llama «madre de Lorato», Lorato es el nombre que mi madre le dio a mi hija.

—Mma Lorato, necesitamos azúcar, del almacén —susurra.

—Ya voy —respondo, y me doy una palmadita en la cadera. Me levanto para salir del dormitorio y April abre los ojos.

—Esas llaves, mamá, que tintinean de esa forma... por un minuto pensé que eras la abuela.

—Despiértate, April. Ya es hora de que te levantes. Recuerda que no estamos en Gaborone. Y cúbrete la cabeza cuando salgas de la habitación.

Mientras me pongo de pie, me pregunto si ha estado despierta todo el tiempo. Tiene ese lado de perezosa, ese aire de privilegiada, pero es obra de mi creación.

Solía venir a casa llorando cuando era una niña. Decía que quería ser como Rapunzel, luego Barbie, y yo no pude ofrecerle nada en su lugar.

Desde que llegamos a la casa de mi madre, he merodeado alrededor de mi hija como una gallina que espera que sus huevos eclosionen. Le recordé que extendiera ambas manos y dijera claramente «*Dumelang bo mma le bo rra*»<sup>12</sup>, en lugar de la mala palabra «melang» que ella pronunciaba como si fuera un saludo; había examinado sus esfuerzos en la cocina, mientras disolvía los grumos de sus gachas recién cocinadas y limpié de nuevo el suelo que ella decía haber fregado. Todo el tiempo me preguntaba en qué clase de mujer se estaba convirtiendo mi hija. Mi preocupación se hizo más profunda a medida que se acercaba la noche.



Ha llegado la hora de que nos corten el pelo como exige la tradición. Mi tía empieza conmigo con un par de tijeras que me afeitan la cabeza en hileras y crujen al cortar las trenzas. La picazón comienza detrás de mis ojos, pero los mantengo cerrados y presiono sobre ellos con los dedos. Me siento como una niña pequeña otra vez. Estoy enfadada con mi madre mientras me siento en una silla con el tapizado reventado. Parpadeo y parpadeo para que no se me escapen las lágrimas, pero aun así se me escurren por los párpados. En cambio, intento unir los recuerdos felices de mi infancia.

He estado ausente tanto tiempo de la casa de mi madre. He olvidado que es un lugar donde la vida se medía por la inclinación de las sombras creadas por el sol; donde a la mañana un gallo invocaba el día que sustituía la noche. El hogar era un lugar donde mamá decía cada mañana «Despierta, despierta. El sol no debe sorprender a una chica en la cama», hasta que un día me desperté antes que ella y me abrazó diciéndome: «Esa es mi chica».

He olvidado que después de ir a buscar agua y limpiar la cocina, tenía en la mesa rebanadas de pan recién horneado y mermelada de marula casera de

mamá. Las engullía junto a una taza de té de arbusto, hecho en el hornillo Primus.

Era fantástico cuando las escuelas cerraban. Todos los niños del barrio se reunían en nuestro patio para jugar descalzos al sol. Saltábamos la cuerda hecha con una enredadera que se enrollaba en la valla. Otras veces el juego era el *diketo*,<sup>13</sup> con guijarros, o el *dibeke*,<sup>14</sup> con una pelota hecha con medias viejas de mamá. Al anochecer, nos apiñábamos alrededor de una hoguera con mamá relatándonos nuestras propias fábulas, las del pueblo, aquellas que comenzaban, «*Gatwe erile*», nuestro «Érase una vez, hace mucho tiempo...».

Rechacé esa vida al envejecer. Crecí deseando otra vida, y siempre otra madre. Me pregunto ahora si una persona puede aferrarse a la tristeza con tanta fuerza que destiñe hasta los colores más brillantes.

Cuando abro los ojos, me sorprende ver a April sentada a mi lado.

—No —digo—, no se va a cortar el pelo.

April me mira y sacude la cabeza. Luego otra mujer se levanta con un par de tijeras. Primero le corta el pelo postizo a April. Luego saca una cuchilla de afeitar y empieza por la parte superior de su frente. Con pequeños golpes de muñeca le afeita el pelo castaño. Veo como cae en pequeños mechones sobre la toalla que le ponen en los hombros. Algunos de ellos se escurren hasta el suelo.



Han pasado dos semanas desde que dimos entierro a mi madre. Todas las mañanas me coloco frente al espejo y redescubro mi cara. Estamos juntas, mi hija y yo, con las cabezas afeitadas y lisas. Pronto será el momento de volver a la ciudad donde compartimos con los vecinos no más que una carretera asfaltada.

—Tal vez puedas comprarte una peluca cuando llegues a casa —digo. Me mira, sus ojos son tan parecidos a los míos, tan parecidos a los de mi madre. Y me sonrío.

—No, mamá, creo que podría acostumbrarme a esto.

Veo brotar nuevos cabellos, como pequeños brotes de hierba después de las lluvias estivales. Paso la palma de la mano por mi cabeza y también sonrío.

Me gusta sentir el roce de la brisa de agosto sobre ella.

## De mi sangre

No, pensó Sethunya, no es así como su vida estaba destinada a ser.

Tenía estudios, varios títulos. Abandonó una florida carrera para ser ama de casa. Pero en la sociedad actual, en la que el valor de una mujer se medía en términos de su estado civil y el número de hijos, su calificación era de media a baja. Por supuesto, se casó joven, por amor, pero luchó por concebir. Al final solo tuvo un hijo, en dónde cuatro habrían bastado para ser más respetada.

Solo llevaba un año casada cuando sus suegros empezaron a comentar, cuando ella estaba al alcance de su oído, sobre la imprudencia de Ntsimane, su marido. «Se lo merecía», decían «casarse con una mujer y pagar la *bogadi* —la dote en ganado— sin garantía de que fuera fértil».

Los comentarios sarcásticos para la imponente complexión de Ntsimane se quedaron en agua de borrajas. Era un hombre de gran estatura, con voz de barítono acorde. Al hablar era como si tuviera un micrófono en la garganta. Presumía de ser un hombre fuerte y viril como los toros Brahmán que criaba. A nadie se le ocurrió cuestionar la fertilidad de Ntsimane y mucho menos a él.

Un día, en los inicios de su matrimonio, Sethunya oyó los pasos de su suegra acercándose. Se preguntaba si debía o no esconderse, pero era demasiado tarde. «¡*Mma Ntsimane, Dumela!*», «¡qué alegría verla!» aunque su corazón se hundía al abrirle la puerta.

—Estaba en la tienda de vestidos que está a solo dos pasos de aquí y se me ocurrió venir y ver cómo cuidabas a mi hijo —levantó una ceja e inspeccionó a su nuera de pies a cabeza, con la mirada fija en su vientre.

—¿Té, señora?

—*Tanki, ngwetsi yame*. Gracias nuera.

Mma Ntsimane apartó a la joven del camino y se dirigió a la cocina, balanceando triunfalmente una barriga de haber parido a varios niños y sus pesados pechos.

La cara de Sethunya se llenó de cólera y ardió en lágrimas mientras llenaba la tetera.

Las palabras de su suegra, pronunciadas con estridente voz, se clavaron en su corazón.

Recordó a su madre que siempre sostenía que una buena mujer tenía que ser virtuosa, guardar silencio y, de esta forma, mantenía su nombre fuera del cotilleo de la gente.

Sethunya había sido criada en la oración y confiaba en el Buen Dios. Cada mañana cuando se levantaba, le agradecía por haberle dado un buen marido, por el pan en su mesa y por su buena salud. Le pidió que la ayudara a tolerar a la perturbada de su suegra, pero sobre todo, le pidió que la bendijera con un niño. Y sabía que Él respondería a sus oraciones, de eso estaba segura.

Pero a medida que los meses pasaban y ella no quedaba embarazada, la desesperación, a veces, se apoderaba de ella y hacía que perdiera la fe. Se sentía incompleta sin un niño. Se sentía sola.

Ntsimane, sin embargo, estaba absorto en una búsqueda interminable para encontrar el toro perfecto que se aparease con sus vacas e incrementara los rebaños. A veces, cuando Sethunya sentía que el momento era el adecuado, que lo único que necesitaba era su semilla, él no estaba allí y así pasaría otro mes. Y luego otro, hasta que los meses se convirtieron en años.

Con el paso del tiempo, luchó por mantener su mente ocupada, aunque en ocasiones, no podía más y su determinación de ser positiva se desvanecía.

Probó con la medicina blanca. Se sentó paciente en las austeras y estériles salas de espera de distintos ginecólogos y obstetras, rodeada de mujeres en diferentes etapas del embarazo. El suyo era el único vientre plano. Conocía el procedimiento. Llenar la botella de plástico transparente con orina. Comprobar su presión sanguínea, el peso, la temperatura. Espera. Desnúdate. No te tenses cuando el instrumento de metal frío es introducido a fondo y los dedos examinen la razón de tu esterilidad.

«Todo está correcto» decían. El último afirmó: «Eres fuerte como un caballo. Sigue intentándolo y disfruta».

Creyó haber imaginado el guiño que acompañó a la última réplica. Le informó a Ntsimane y le sugirió que tal vez, a lo mejor debería someterse a una prueba. Un recuento de espermatozoides, algo, solo para estar más seguros.

«No», gritó. Quizás su madre y sus tías tenían razón. Debería haberse casado con una mujer más sencilla, una que supiera cómo tener hijos.

Sethunya también lo intentó con la medicina tradicional, aunque no se lo contó a nadie. Se sentó en el suelo sobre la piel de una cabra que todavía tenía la forma del animal del que provenía. El curandero esparció los huesos de su bolsa en la arena y declaró que veía un hijo en su futuro. Preparó un brebaje de sabor amargo a partir de hojas que molió y le indicó que inhalara el vapor mientras bebía el líquido caliente. Quedaría embarazada en tres meses. Para esto pagó la suma de una cabra. Luego regresó a la soledad de su hogar con la creencia de que se haría realidad, pronto.

Durante esa época tuvo mucho tiempo para alimentar la preocupación, sola en casa, sin nada que la mantuviera ocupada, salvo sus pensamientos. Rechazaba la compañía de las jóvenes de su barrio que parecían burlarse de ella con sus prominentes vientres. Cuando su esposo regresaba a casa, percibía una cierta impaciencia en él. Ella ya no conversaba con Dios con tanta frecuencia como antes y, a veces, se quedaba sentada sin hacer nada. Una mente inactiva era un terreno fértil para el Diablo.

Un sábado por la mañana, cuando Ntsimane se había marchado sin hacer ruido y ella se encontraba sola, llamaron a la puerta.

—*Tsena*, entra.

Era Botshelo. Recordó entonces que su marido le había dicho que él vendría a recoger la leche agria que le había traído del puesto de ganado. Se alegró de la compañía y charlaron acompañados con una taza de té de arbusto. Hablaron de la sequía, los baches, las elecciones. Cuando terminaron, la acompañó hasta la pequeña barraca, que servía de cocina y almacén. Al abrir la puerta, sintió su cálido aliento en el cuello.

Luego la tomó en sus brazos y la retuvo. Ella sacudió la cabeza pero él la abrazó más fuerte. Cuando la besó, Sethunya sintió una conmoción en su alma. Luego, le agarró el pecho con una mano e introdujo la otra en su falda, ella hizo como si dijera «no», pero su cuerpo pareció pertenecer a otra persona. Cerró los ojos e imaginó que era Ntsimane. Sintió que su corazón latía con fuerza, al ritmo del de Botshelo. Cuando todo terminó, él la abrazó.

—Te quiero, Sethunya —exhaló. Y esas palabras hicieron que todo estuviera bien.

—Debes irte —le entregó el cubo esmaltado con la leche agria y se fue.

Esa noche, cuando oyó el rugido del motor diésel al regresar Ntsimane, fue directo hacia él y lo recibió en sus brazos. Podía oler el ligero olor a

estiércol de vaca en su mono color caqui y en su sombrero de cuero. Así que se los quitó mientras lo conducía al dormitorio. Abrió los brazos y las piernas e hicieron el amor con una intensidad que la sorprendió. Al terminar, estaba segura de que Ntsimane le había quitado todo rastro de Botshelo.

Dos meses después, luego de un tazón de *bogobe*<sup>15</sup>, sintió que sus entrañas se agitaban. Pensó que eran las gachas agrias que últimamente parecían emitir un olor fuerte y rancio que obstruía su nariz. Pero no le dio importancia. De hecho, fue su suegra, cuyo perfume empalagoso parecía más fuerte que de costumbre, quien comentó sobre el tamaño de sus pechos. Sethunya sospechó que podría estar embarazada.

La prueba que se hizo en casa confirmó sus sospechas. Después de seis largos años, Sethunya estaba encinta. Su madre dijo que era un milagro.

—Ntsimane, vamos a ser padres. Estoy embarazada.

—¿Estás segura?

—Sí, el doctor lo confirmó esta mañana.

Esa noche, marido y mujer durmieron con las piernas entrelazadas como las ramas de la vid que se arrastraban por la pared de su dormitorio. Pero Sethunya durmió muy mal. Los sueños con Ntsimane y Botshelo la obligaban a incorporarse mientras dormía. Se desprendió de las piernas de Ntsimane, temiendo que le oyera latir el corazón como si le fuera a estallar en las costillas.

Estaba feliz con su embarazo. «Estoy embarazada» le ahorró tener que explicar la sensación de incomodidad que moraba siempre en ella. Devoró todos los libros sobre bebés de la biblioteca, llenó su casa de *Living and Loving, Baby and You*, y todas las demás revistas que hablaban de cómo ser una maravillosa madre.

La emoción que reinaba en la casa era contagiosa. Ntsimane venía ahora más a menudo, y se quedaba más tiempo. Cuando sintió las primeras patadas del bebé a los cuatro meses, él estaba allí. Compartió su emoción al sentir una fuerte sensación de presión en el lateral. ¿Era su cabeza o su codo, o una rodilla?, se preguntaban juntos. Ella atribuyó la exasperante sensación al embarazo. Se dijo a sí misma que era acidez estomacal, que desaparecería cuando el bebé naciera. Cuando llegaron los primeros

síntomas del alumbramiento, Ntsimane también estaba allí para llevarla al hospital.

Fue un parto natural, sin complicaciones. «Un niño hermoso», dijo la matrona mientras colocaba al bebé en los brazos de su madre.

De pronto, los dolores desaparecieron por la ola de amor que sintió al sostener a su hijo en brazos. Él empezó a succionarle el pecho, ella lo miró a los ojos y en ese momento supo que era su hijo. Pero tan pronto como la enfermera se lo llevó, los nervios reaparecieron en la boca de su estómago. Buscó en la cara del bebé algún rasgo de Ntsimane, pero no encontró ninguno. Entonces lo creó para disipar su inquietud. Cuando él entró en la sala de partos, Sethunya ya tenía las palabras preparadas.

—Salió con tu nariz —declaró con firmeza y le pasó al niño para que Ntsimane lo sostuviera.

—¿En serio?

—Sí, y esas son tus orejas.

Llamaron a su hijo Thapelo, que significa «oración». Tenía la nariz de su padre y tal vez también sus orejas. Aunque el padre no lo viera, ella sí.

Siguiendo lo que dicta la costumbre, los orgullosos padres heredaron el nombre de su primogénito. Pasaron a ser llamados Mma Thapelo y Rra Thapelo, madre y padre de Thapelo.

La tradición también dictaba que el bebé y la madre se quedaran en casa durante tres meses. Así que, tan pronto fue dada de alta en el hospital, la llevaron a la intimidad del hogar en el que había sido criada. Confinada en la casa de sus padres, se le concedió un indulto temporal. Solo se les permitió a los parientes cercanos ver al niño. Después de tres meses, harían una gran celebración ya que el bebé sería oficialmente presentado al resto del mundo. Luego ya no habría que esconderse de miradas indiscretas.

—¿A quién se parece? —preguntaron los parientes una y otra vez— ¿Se parece a su padre?

Sethunya se erizaba cada vez que escuchaba esa pregunta. El parecido con él era irrelevante. Ella por fin tuvo un hijo. Ella y Ntsimane tuvieron un hijo. Eso era todo lo que importaba.

El día de la celebración se despertó con un fuerte dolor de cabeza. El malestar pareció aumentar a lo largo del día, como si estuviera alojado en la boca del estómago. A veces era tan fuerte que ni siquiera el remedio fiable y comprobado de su madre, leche de magnesio, lograba disiparlo. De

alguna manera consiguió sobrellevar el día. Se sintió bien cuando todo el mundo se fue y, junto a Ntsimane, se dirigieron a su casa.

El alivio fue fugaz. Al día siguiente volvió a experimentar la misma molestia. Así que ató a Thapelo a su espalda y barrió el patio. El fastidio no cesó, entonces bajó las cortinas, habitación por habitación, y las lavó. Para cuando las secó, planchó y volvió a colgar, la sensación había desaparecido.

El día que Thapelo empezó a dar sus primeros pasos, el miedo que habitaba en ella reapareció. Sus piernas estaban firmes como el pilón de madera del mortero que usaba para moler los granos de mijo en polvo para el *bogobe*. Las piernas de Rra Thapelo miraban hacia dentro cuando caminaba, mientras que las de su padre lo hacían hacia afuera. No sabía si reír o llorar —o las dos cosas al mismo tiempo—. Observó que se aferraba a todo aquello que encontraba en su camino a fin de que su cuerpecito se mantuviera en posición vertical. La sensación creció dentro de ella; distintas voces rugieron en su cabeza. La sacudió, para evitar las imágenes que se reproducían en su interior. Maquinaciones de una mente culpable.

Sethunya nunca estuvo libre de preocupaciones. Agradeció al Señor por su hijo y rezó enérgicamente cuando llegó a la parte que se refiere a ser uno perdonado por sus pecados. No tenía tampoco que preocuparse tanto. Las piernas de Thapelo se enderezaron. Todo el mundo decía que iba a ser alto, más alto quizás que su padre. Este se alegró de ello. Sus hijos tenían que ser altos y fuertes, como él.

Una tarde, más temprano que de costumbre, cuando el niño había dado sus primeros pasos, Sethunya escuchó el rugido de la camioneta de su marido mientras se dirigía al patio. Había dicho que iba a llegar a casa temprano para poder jugar con su hijo antes de que se durmiera. Pero llegó demasiado tarde; ya estaba dormido, con su diminuta boca ligeramente abierta y su pierna izquierda enroscada bajo el cuerpo. Rra Thapelo se quedó quieto, inmóvil, viendo a su hijo dormir. Algo por dentro le hizo querer enderezar sus piernitas y ponerlo de espaldas para que durmiera como él. Pero no lo tocó. En su lugar, sacó el pequeño taburete de debajo de la mesa de estudio, que había comprado cuando nació Thapelo, y se sentó sobre él mientras continuó examinando a su hijo.

Cuando el río suena, agua lleva. Y ya había empezado a sonar. Algo se había hablado. Siempre se comentaba cuando un niño no se parecía a su padre. Susurros, como el sonido de la hierba seca rozada por una fresca

brisa de verano. Le molestaba, a veces, que Thapelo no se pareciese más a él. Se sentó un día alrededor del fuego con otros hombres del pueblo y uno de ellos dijo con claridad «*Ngwana o itsiwe sereto ke mmaagwe*», «el tótem del niño es más conocido por su madre». Sintió un nudo en la garganta, pero lo hizo bajar con unos tragos de cerveza. En alguna ocasión, necesitaba algunas para ahogar las dudas que le roían. Su confianza se restauraba al beber suficiente cantidad. Era un hombre africano fuerte, de cuyas entrañas salían también hijos africanos fuertes, como sus toros.

Cogió a su hijo y se acostó en la cama con él. Lo puso sobre su pecho y sintió su cálido aliento sobre la piel. Le hacía un poco de cosquillas. Thapelo olía a loción de bebé. Le encantaba ese olor.

Ntsimane tenía grandes planes para su hijo. Él iba a mantenerlos como se supone que debe hacerlo un hombre de verdad. Thapelo sería policía o soldado. O estrella de fútbol. Podía imaginarlo, en 2010, como delantero en la selección nacional de Botsuana.

Sethunya se acostó en su lado de la cama, inmóvil, fingiendo estar dormida pero mirando de reojo a su marido. El niño se agitó y cambió de posición. Estaba profundamente dormido, de rodillas, con el culo al aire. Su padre sonrió. Recordó la primera vez que lo había visto dormir así. Había estado tan preocupado. Pero su mujer lo había calmado.

—Está cómodo. Todos los niños duermen así —le dijo para tranquilizarlo.

Era extraño cómo Mma Thapelo se había convertido en una experta en todos los asuntos de crianza. Cuando él comentó sobre las piernas de su hijo, su esposa siempre se apresuraba a decirle que sus piernas eran como las suyas, o como las del hermano de su hermano, o las del hermano de la hermana de su tío. Esto hacía que él reflexionase sobre este asunto. Algunas personas decían que el bebé se veía exactamente igual a él. Y, aunque no veía el parecido, cuando alguien lo decía, lo veía de otra forma.

—Sí, este es mi chico —afirmaba y metía el estómago un poco y sacaba apenas el pecho.

Recordó el día en que había llegado a casa, desde el hospital, con la madre y el niño. La tarde anterior al alta, fue al centro comercial y pasó toda la tarde buscando una cesta para el bebé. Finalmente encontró una, antes de que cerraran las tiendas; perfecta. La amable vendedora le había ayudado a elegirla.

—Es para mi hijo —le dijo—, mi primogénito.



Y ahora, su hijo tenía diecinueve años. Creció alto y fuerte y le iba bien en la universidad. La única queja de Ntsimane era que no los visitaba tanto como le hubiera gustado. No pasaba el tiempo suficiente en el corral del ganado.

Thapelo se encontraba ahora de camino para una de esas visitas espaciadas. Había llamado por teléfono la tarde anterior para decir que iría a casa al día siguiente.

Su madre apenas podía dormir. Era como una chiquilla en la víspera de su cumpleaños, ansiosa porque saliera el sol. Con el paso de los años se había vuelto más fácil creer que Ntsimane era el padre de Thapelo. Pero ahí estaba, ese temor cuyos motivos ella no entendía.

Se ocupó de arreglar la casa y preparar una comida para cuando llegara su hijo. Estaba barriendo el patio, muy pensativa, cuando sonó el teléfono. Corrió a la casa. Probablemente era él para preguntar si necesitaba algo de la tienda.

—Hola.

—¿Dumela mma? ¿Es la madre de Thapelo Malatsi?

—Sí, soy yo.

—Mma, la estoy llamando desde el Hospital Princess Marina. Su hijo ha tenido un accidente de coche esta mañana en la carretera Gaborone-Francistown. Chocó con una vaca. Tiene que venir al hospital de inmediato. Usted y el padre.

Sethunya colgó el teléfono. Sus manos estaban temblando. Necesitaba comunicarse con su marido. Pero no había teléfono en el puesto de ganado y él podía estar en cualquier parte. Se había ido temprano por la mañana con el chico del rebaño para ir a buscar una vaca desaparecida. Tenía que ir al hospital.

Estaba subiendo al taxi cuando llegó Rra Thapelo. Había envejecido visiblemente desde esa mañana.

—Hemos encontrado la vaca. Es con la que chocó nuestro hijo.

Ella no sabía qué decir. Quería gritarle. Quería decirle cuánto odiaba a sus vacas, cómo las había odiado toda su vida, pero en vez de eso solo lloró. Condujeron en silencio al hospital.

El doctor los miró con ojos tristes y apenados.

—Necesitamos administrarle más sangre a su hijo, pero tiene un tipo de sangre poco común. Necesitaremos analizar su sangre y la de Rra Thapelo. Ustedes son posiblemente los donantes con mayor posibilidad de éxito.

Sethunya agradeció estar sentada. ¿Análisis de sangre? Rezó para que su sangre coincidiera con la de Thapelo. Pero detrás de sus ojos un baterista comenzó a tocar su instrumento. Primero despacio, y luego más rápido y fuerte hasta que sintió que su cabeza iba a explotar.

Miró al doctor. Las palabras salieron de su boca demasiado rápido para que ella entendiera lo que decía. El miedo llenó su vejiga. Se levantó para ir al baño. Cuando volvió, su marido ya se estaba bajando la manga de la camisa. Sethunya sintió que estaba bajando a toda velocidad y sin frenos la ladera de una colina.

—Usted es la siguiente, Mma Thapelo. No se preocupe. Solo es un pequeño pinchazo.

Ella extendió el brazo casi sin oírlo. Solo se limitó a mirar hacia otro lado cuando la aguja se lo pinchó.



—No hemos encontrado ninguna coincidencia. De hecho, los resultados preliminares indican que Thapelo no puede ser su hijo.

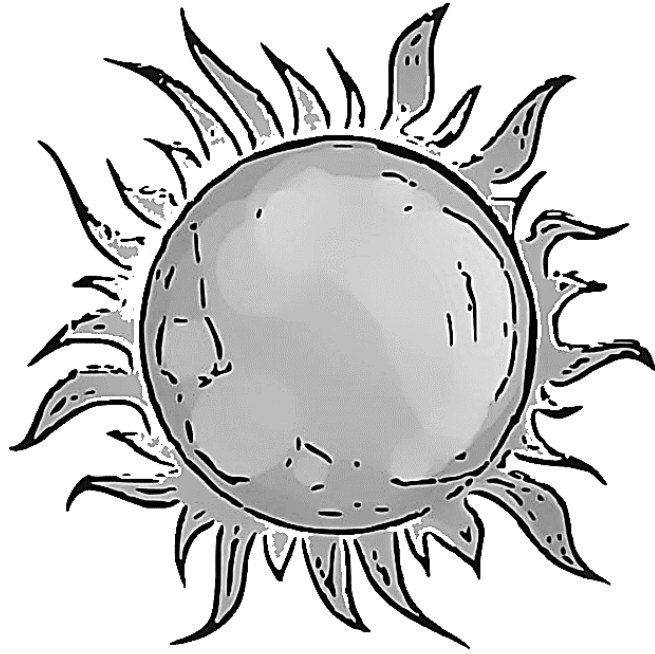
«Thapelo no puede ser su hijo. Thapelo no puede ser su hijo». Las palabras resonaron una y otra vez en su cabeza. Intentó hacer contacto visual con Ntsimane pero este parecía estar mirando fijamente un punto de una foto del consultorio del doctor. No había dicho una palabra desde que habían entrado.

—Lo siento —continuó la voz—, hicimos todo lo que estuvo a nuestro alcance para salvarlo. Lo perdimos esta mañana.

Botshelo estaba muerto. Y ahora su hijo, su único hijo, también estaba muerto. Sus padres lo mataron. La bestia de su padre y su madre. Cuando necesitó que su madre le diera sangre para mantenerlo vivo, esta no pudo, su padre tampoco.

El silencio que descendió sobre su casa estranguló todas aquellas voces que solían cantar en su cabeza. En el funeral de su hijo, Mma Thapelo había querido llorar, pero no tenía lágrimas. Estas quedaron en un estanque que ella había construido a lo largo de los años, en el que había embotellado sus miedos. Enterraron a su hijo juntos. Rra Thapelo permaneció a su lado con la cabeza inclinada. Desde el día en que el doctor desveló que los análisis de sangre indicaban que Thapelo no podía ser su hijo, Rra Thapelo había envejecido. Era como si el peso que Sethunya había acarreado todos estos años se hubiera desplazado a los hombros de Ntsimane y le pesasen como dos piedras. Su hijo estaba muerto, pero nunca había tenido uno. Ni nunca lo tendrá.

No, así no era como las cosas deberían haber sido.



## Con las manos vacías

Cuando los cazadores emprendieron la caminata, el sol ya era una bola ardiente que se elevaba y daba color al cielo de la mañana. Mientras andaban a través de la dura hierba decolorada por el sol, esta les pinchaba las pantorrillas y una intensa sangre les goteaba por los tobillos, aun así no se detuvieron. Caminaron con cuidado, con temor de que el devorador de hombres pudiera estar cerca y cubierto por un arbusto de color paja. Mosweu llevaba las cuentas de su hijo alrededor del cuello como si fueran un talismán. Pasó sus dedos sobre ellas, invocando el perdón de sus antepasados.



La noche anterior, había vuelto del mercado en bicicleta sin el pollo que le había prometido a su familia para la cena. Incluso, antes de llegar a casa, ya podía sentir los ojos de su esposa picándole. «Inútil. Gandul».

Al acercarse al corral, creyó oír un sonido: como un crujido de hojas, un aleteo de alas de pájaro. Al bajar de la bicicleta, inclinó la cabeza hacia un lado intentando escuchar, pero solo pudo oír los latidos de su corazón.

Un mes antes, un león había entrado en el pueblo y mató a un toro. Los aldeanos estaban aterrorizados. Exigieron que la bestia fuera cazada y abatida, pero en la reunión que tuvo lugar en el *kgotla*, la asamblea del pueblo, el guardabosques decretó que no se mataría a ningún animal salvaje.

—Es la sequía la que ha llevado a estos animales a la aldea. Cuando lleguen las lluvias volverán al monte —dijo.

Más tarde, el gobierno secó las lágrimas del dueño del toro con un fajo de dinero que provocó que se le hincharan los bolsillos y los ojos se le saltaran.



El recuerdo emergió a la superficie mientras Mosweu permanecía de pie junto al corral. Abrió la puerta, poco a poco, y el premiado carnero, Molemo, se escabulló. Lo llamó con ternura y la cabra obedeció. La ató rápido a un árbol y pedaleó hasta la casa.

Encontró a su esposa detrás de la choza, agachada sobre una olla de hierro fundido de tres patas, hirviendo agua para el pollo que él había prometido. Ella miró hacia arriba expectante. Él, avergonzado, se dio la vuelta.

Después de la cena despojada de carne, Mosweu se sentó en silencio mientras caía la noche para ver a su hijo leer en penumbra. Soñaba con días mejores. Con el dinero que le pagaría el gobierno, Thabo podría estudiar debajo de un techo, con luz eléctrica y comerían pollo todos los días. Perdido en sus pensamientos, no vio a su hijo irse. Cuando alzó la vista, ya se había marchado.

—¡Thabo!

Silencio.

—Mma Thabo, ¿adónde se metió Thabo?

Desde la cabaña, su esposa gritó: «Fue a darle de beber a tu cabra, como dijiste que debía hacer».

—¡No! Le dije que lo haría yo por la mañana.

—O tal vez se fue a casa de su abuela —hizo una pausa—. Allí comen carne todos los días.

Pero Mosweu ya no la escuchaba. A lo lejos, percibió el sonido de una cabra balando, el grito de Thabo, y luego, silencio.

Se metió en la cabaña para buscar su arma y una antorcha, luego marchó rápidamente hacia el corral.

—¡Ayuda! —gritó a altas horas de la noche— ¡Ayúdenme por favor!

Los vecinos de Mosweu vinieron a raudales desde sus casas. Agitaban palos, gritaban y golpeaban el suelo con los pies. Mientras doblaba la esquina hacia el corral, vio manchas de sangre en el suelo, Molemo —todavía atado— balaba con desesperación. Su corazón latía con fuerza, bombeado por la adrenalina cuya simiente ya conocía.

—Thabo —llamó—. Por favor, Dios. ¡No!



El sol se estaba poniendo cuando Mosweu regresó, cansado y sin su hijo. Pasó junto al corral y miró con fijación a la cabra.

Más tarde, la sacrificaría para el funeral de su hijo, pero ahora tenía que enfrentarse a su esposa. Al acercarse, ella corrió hacia él, pero luego vio la camisa ensangrentada de su hijo. Se la arrancó de las manos, se arrodilló y lloró como si nunca fuera a parar.

## Marang, la madre de Keineetse

En setsuana, decimos que el nombre de una persona es un molde que da forma a su vida. A Boitumelo se lo considera una «abundante alegría»; Bontle es algo que «traerá la belleza» y a Keineetse se la ve como «sumisión». Antes de tener a mi hijo, me llamaban Marang. Mi padre me puso ese nombre por la luz del sol que abrigaba su corazón el día que nació.

Cuando otros gritaban «¡Qué calor hace!» a medida que el sol de Botswana cocinaba la tierra, yo me tumbaba de espaldas, sobre una estera de paja, bajo el árbol de mopane y sentía cómo el sol acariciaba mi piel. Entrecerraba los ojos para observar a través de las ramas y escuchar al viento susurrar el futuro en mis oídos. Un día me dijo que viajaría por el mundo, persiguiendo al sol. Cada vez que le contaba a mi padre sobre mi porvenir, me subía a sus hombros y sentía que podía tocar el cielo.

Tenía nueve años cuando papá partió una fría mañana de lunes, en junio. Una mujer a la que nunca había visto antes me recogió en la escuela. Dijo que era la hermana de mi padre y que debería llamarla Rakgadi. Me senté en el asiento delantero de su coche y mientras conducía a casa, me apretaba la mano cada vez que nos deteníamos.

Al llegar había unos hombres montando una carpa verde. Otros se acurrucaban sobre una hoguera, en el patio trasero. Varios grupos de mujeres, esparcidas por el patio, lavaban tazas de té mientras amasaban.

En el interior de la casa, mamá estaba cubierta de negro de la cabeza a los pies, como un capullo. Se acostó sobre la barriga, en un colchón en el suelo del dormitorio. Las plañideras la rodeaban. Sus ropas, largas y oscuras coincidían con sus expresiones. Vi a Rakgadi quitar las cortinas del salón y untar las ventanas con cenizas como cuando mi abuelo subió al cielo.

Dijo que papá había ido con Ntatemogolo. Durante esa semana, la gente entraba y salía todos los días de nuestra casa con caras sombrías. Los curas venían y rezaban todas las noches, luego toda la gente que había llegado se alimentaba de *bogobe* y carne o té y *magwinya*.<sup>16</sup>

El viernes por la mañana, Rakgadi me despertó temprano. Dijo que iban a buscar a papá a la morgue por la tarde y que pasaría la noche en casa. No

entendía cómo mi padre podía volver a casa, pero no le pregunté.

Llegó a casa en un ataúd. La gente rezó y cantó toda la noche.

Al amanecer, dio comienzo el funeral. Vi a los amigos de papá meterlo en un profundo y oscuro agujero y llenarlo con tierra. Partió llevándose la sonrisa de mamá.

Desde ese día, ella se sentaba en la silla grande de papá y le hablaba como si pudiera oírla. La gente me miraba con ojos tristes cuando interpretaban sus palabras. Tras varios días temiendo que mi madre siguiera los mismos pasos que papá, mi abuela me llevó con ella.

—Por ahora te quedarás conmigo, mi niña. Cuando tu madre mejore, vendrá a buscarte.

En la casa de mi abuela dormía sola en una habitación que olía a vela, parafina y estiércol de vaca. Nkuku no sabía que para poder dormir toda la noche tenía que cantarme mi canción favorita. Luego, eso no importó, el tiempo había borrado las palabras de mi memoria. Se ocupó de desdibujar también los rostros de mamá y papá; hizo que se desvanecieran en el techo de paja encima de mi cama.

Me quedé con Nkuku durante un año, luego vino mamá para llevarme a casa. Regresé para encontrar un hombre sentado en la silla de mi padre. Por un momento pensé que papá había vuelto, pero la silla se tragó al hombre que estaba sentado allí. Sus hombros eran estrechos y sus ojos no sonreían cuando se cruzaban con los míos. Pero él había recuperado la sonrisa de mamá, la había desenterrado y la había vuelto a colocar en su rostro. Deseé que no se fuera y que mamá siguiera siendo feliz para siempre.

Había pasado un año desde mi regreso a casa y la nueva felicidad de mamá no mostraba signos de deterioro. Estaba tumbada bajo mi árbol cuando su voz me hizo volver a la Tierra.

—¡Marang! Ven y hazle una taza de té a Malome.

Aproveché la oportunidad para hacer algo que lo hiciera sonreír. Desde que nos había estado visitando, mamá tarareaba mientras caminaba por la casa y su risa se elevaba desde lo más profundo del estómago y estallaba cuando echaba la cabeza hacia atrás. La única persona que se reía de esta manera era mi hermana mayor, Bontle, pero cada vez que lo hacía era siempre para meterse en problemas. Mamá siempre le decía que parase de reír como si fuera un jornalero de campo.

Una noche, cuando estaba adentrándome en ese estado de vigilia, una risa interrumpió la tranquila morada. Pensé que era Bontle. La puerta de un coche rechinó al abrirse y cerrarse, y el repiqueteo de los altos tacones de mamá resonaron en el camino de grava mientras daba la vuelta a la casa y se dirigía a la puerta trasera con Malome.

Miré por la ventana hacia la entrada y vi que él intercambiaba sorbos de vino y besos con mi madre. Se lamían los labios como cuando yo lo hago al comer helado. Miré hacia otro lado, preocupada por lo que había visto. Mamá se tambaleaba por el camino con sus tacones negros. La oí meter la llave en el cerrojo, luego hubo un crujido de tela seguido de un suave chillido que sonaba como si lo hubieran hecho los gatitos que vivían bajo mi ventana.

Había visto a mamá preparándose para salir esa noche. Caminaba con gran delicadeza frente al espejo, que era tan grande que se podía ver todo el cuerpo en él, girando y sorbiendo un líquido dorado de una estilizada copa. Gira, sorbe. Gira, sorbe. Tenía un pelo precioso, grueso y no como mis rizos secos y apretados. Se había detenido frente al espejo con las piernas separadas, manteniendo una compostura contraria a la que siempre decía que debía guardar una dama.

Se encontraban en este momento en la sala de estar. Me acerqué cautelosa a la puerta que estaba entreabierta para mirar. La vi tropezar en los brazos de Malome y extender las manos para abrazarlo por el cuello. Él se inclinó para besarla y volvieron a su juego. Él le pasó las manos por la espalda. Arriba y abajo, más abajo. Regresé despacito a mi habitación, avergonzada, no, sintiendo lástima, por lo que había visto. El silencio que se produjo encerraba secretos oscuros.

Mamá y Malome. Así es como mi madre nos dijo que deberíamos llamarlo, Malome, «tío».

Oí decirle a la mujer que le trenzaba el cabello que deseaba que él se quedara para siempre. A veces Malome me traía dulces y me llamaba «mi princesita guapa», de la misma manera que mi padre solía llamarme. Yo también deseaba que se quedara con nosotras para siempre.



Veinte años después, salgo del minibús y camino con dificultad el último kilómetro desde la parada hasta mi casa. Vuelven otra vez las punzadas en la cadera derecha, artritis, dijeron en la clínica. La presiono con la palma de la mano. Una bolsa de agua caliente y una taza de té de rooibos entumecerá el dolor. He vivido con ello desde el nacimiento de mi hijo, la penitencia por tener un hijo fuera del matrimonio.

Ya es de noche cuando llego a la puerta que Keineetse compró con el dinero de los trabajillos que hace, de vez en cuando, en la peluquería de su tía. Sonrío, es un buen chico, mi niño. Me pregunto por qué no ha encendido las luces y acelero mis pasos.

Mientras abro la puerta, algo roza las baldosas. Meto la mano en el espacio que hay entre la pared y la puerta y enciendo la luz. Los guijarros del camino de grava a veces se atascan debajo de la puerta, pero al forzarla, un trozo de vidrio sale despedido a través del suelo pulido. El vidrio roto se esparce por el salón y crea un mosaico de fragmentos. Tal vez han entrado ladrones en la casa, pero la ventana del salón está intacta y el pequeño televisor sigue ahí, a todo volumen. ¿El videograbador? Sí, todavía en el soporte de la televisión, aunque mi jarrón favorito está esparcido en un millón de añicos por todo el suelo.

—¡Keineetse!

No responde. Sobre la mesilla hay una taza de té frío, todavía llena, con una pátina de nata en la superficie.

—¡Keineetse!

Me apoyo en la puerta para cerrarla, sorteo los cristales y busco una escoba para barrer el jarrón roto. Me agacho para coger un gran trozo rojo y me corta el dedo. El borde escarpado del miedo que he enterrado en lo profundo de mi corazón se vuelve rojo, del mismo color intenso que la sangre que fluye del dedo.

En la mesita junto al teléfono hay un trozo de papel con números garabateados. Reconozco el número, y en ese momento caigo en la cuenta. Keineetse ha encontrado a su padre. Me levanto, dejo caer la escoba y me siento en la silla.

Giro el anillo del rosario una y otra vez.

—*Go tla siama*. Todo irá bien.

Digo las palabras una y otra vez. Todos estos años me mantuve tranquila, pero hoy me consume el miedo, el miedo a perder a mi hijo, mi sangre.

Luché para tenerlo conmigo, le clavaría mis uñas a cualquiera que dijera lo contrario.

Cuando nació, lo llamé Keineetse, «me he rendido». Y al rendirme, gané. Lo he mantenido a salvo toda su vida. Preferiría morirme antes que decirle que su padre lo llamó un «error» que deseó poder borrar. Pero Keineetse está aquí, vivo, intentando sonsacarme la identidad de su padre a cada momento.

Suena el teléfono. Lo cojo, conteniendo la respiración y espero a que la persona del otro lado de la línea hable.

—¿Marang? ¿Estás ahí?

Desde que nació mi hijo mi hermana no me llama por mi nombre de pila.

—Sí. Estoy aquí.

—Estoy con Keineetse. Sabe que su padre está vivo.

—Oh.

—Pensé que se lo habías dicho.

Con esas palabras traspasa los límites que les he puesto a todos; cruza a un espacio que nunca he compartido con un alma. Y aún esta noche, la destierro.

—Estoy tan cansada, Bontle. Necesito dormir. Buenas noches.

Cuelgo el teléfono sin esperar su respuesta.

Me siento en mi silla y miro por la ventana el camino que conduce a Gaborone, el que el padre de Keineetse recorrió en busca de su hijo. Keineetse ya es un hombre, ya no es el chico que solía abrazar, besar y sujetar en mi pecho. Sonrío. En mi cabeza vuelvo a oír la voz de mi hijo mientras jugamos a imaginar cosas. Cierro los ojos para poder verlo con más claridad.



—Mamá... Mamá, háblame de papá otra vez.

Es un juego que empezamos cuando mi hijo se dio cuenta de que las madres y los padres vienen en el mismo paquete.

—Tu padre era un hombre grande. Alto y fuerte.

Tenso mis bíceps como Popeye el marino. Me golpea en la parte superior de los flácidos brazos y se rie cuando se tambalean.

—Y solía agacharse cuando entraba por la puerta, ¿no es así?

—Sí —y sonrío porque Keineetse me está robando los diálogos.

—¿De esta forma mamá? —se desliza de mi cama, encorva sus hombros hasta la barbilla y sale y vuelve a entrar por la puerta del dormitorio.

—Y cuando me cargaba en sus hombros yo tocaba el cielo —me dice mientras agita sus regordetes dedos en el aire y vuelve a mi cama.

—¿Y cómo hablaba, mamá?

—Como si un león viviera en su garganta —gruño.

—¿Así? — y responde con un rugido, se queda sin aliento por el esfuerzo y tose. Yo sí sé cómo curarle la tos.

—¿Pero por qué Dios se lo llevó, mamá? Su voz se vuelve inestable y su labio inferior tiembla.

No encuentro las palabras para incriminar a Dios, así que me acomodo mejor, me lo coloco en el regazo y finjo no ver las dos pequeñas manchitas húmedas que sus lágrimas dejaron en la funda del edredón.

—Caballo, caballo, más rápido —me insta—. Ve más rápido, como papá.

Mientras lo hago rebotar sobre la rodilla, echa la cabeza hacia atrás y gorgorea de risa.

Recreo el juego en la cabeza, y los recuerdos que se abren camino para salir de mi mente regresan al lugar al que pertenecen.

Keineetse ya está demasiado grande como para hacerlo rebotar en mis rodillas, o atarlo a mi espalda y cantarle canciones de cuna mientras limpio la casa. Tiene ojos de búho que acorralan los míos, se clavan en mi alma queriendo arrancar la verdad de mis palabras. Le he dicho que su padre fue atropellado por un tren. Eso es lo que se les dice a los niños cuando los padres no han sido capaces de ser padres. Quería que esas palabras suavizaran los duros bordes de la verdad hasta un momento en que la verdad no doliese tanto, pero el dolor nunca ha desaparecido.



Sucedió hace mucho tiempo. Ya debería ser menos doloroso, pero sigo sintiéndolo como si estuviera ocurriendo otra vez.

Me puse mi mejor —y único— vestido para mi decimocuarto cumpleaños. Me colé en la habitación de mamá y rocié su perfume detrás de mis orejas, como lo hacía ella cuando salía con Malome.

Mamá estaba haciendo horas extras para juntar dinero y que tuviéramos una Navidad especial. Malome estaba en la sala de estar mirando televisión. Flexionaba los dedos mientras sus ojos me perseguían por la habitación. Mi pierna rozó la suya mientras le extendía un cuenco de agua para que se lavara las manos antes de traerle la comida.

Intenté apartar mis manos cuando me tiró sobre su regazo y presionó sus labios sobre los míos. Su aliento olía a cerveza. Me apretó tan fuerte que no podía respirar. Me levantó y me puso en la alfombra de la sala de estar. Una ola de calor me subía desde las plantas de los pies. Los pezones me hormigueaban como si un aire frío los hubiera besado.

Cuando un chico una vez intentó tocarme de esta manera, le quité las manos con tanta fuerza que me hice daño. Pero ese día mis manos no se movieron. Estaban extendidas por el suelo, esposadas por las de Malome.

Se oían unas palabras como si mamá estuviera susurrándome al oído.

«Los chicos solo traen problemas, Marang. Debes huir de los problemas».

Pero él no era un niño, era el amigo de mamá. Le llamaba Malome, «tío», y no traía problemas. Nos traía comida. Me había comprado el vestido que llevaba puesto.

—Mi princesa —susurró y sentí como se me erizaban los pelitos del cuello.

Me tocó la nariz, aquella que intentaba asegurarme de que fuera más puntiaguda, como la de mi madre. Recorrió con sus manos mi cabellera.

«Cabello virgen» lo llamaba la mujer de la peluquería. «Se vería precioso si estuviera lacio». Pero mamá le dijo que, si Dios lo hubiera querido liso, lo habría dispuesto así.

Después de ese día, dejé de acostarme bajo el árbol de mopane. El cielo se oscurecía cuando lo contemplaba. Me escondía en mi habitación e iba al baño tan pronto como sentía una punzada en el estómago. Todos los días comprobaba mi regla, pero no bajaba. En cambio, el uniforme de la escuela se había tensado en la zona de los pechos y el estómago.

Y un día, encontré a mamá parada en el portón de la entrada, con las manos en las caderas, sacudiendo la cabeza. Ya lo sabía. «¿Cómo sucedió esto, Marang? Te dije que los chicos eran problemáticos. ¿No te lo advertí?».

Miré a Malome cuando me lo preguntó. Este miró sus zapatos. Así que no conté nada, no revelé que el secreto que llevaba era mío y suyo.

Mamá me desterró a vivir lejos con Rakgadi, en Gaborone. Vino a verme después de que naciera el bebé. La vi sujetar a Keineetse y casi dejarlo caer cuando abrió los ojos. Mi hijo tenía los ojos redondos, con pestañas tan largas que debería haber sido una niña.

Recuerdo haber dicho despacito: «Intenté decírtelo, mamá, pero no me escuchabas. Malome es el padre de mi hijo».

Vi como moría la luz de sus ojos mientras le hablaba.

No volví a ver a Malome hasta que Keineetse cumplió 18 años, el día que apareció en la puerta de mi casa de cuatro habitaciones. Volvió a cogerme de la mano. Parecían más cortas, más arrugadas. Las manchas de suciedad estaban atrapadas bajo sus uñas y la uña larga de su dedo meñique izquierdo seguía ahí.

Pero yo ya no era Marang, la joven que amaba el sol. Me había convertido en Mma Keineetse, la madre de Keineetse. Era tan fuerte como el árbol de marula que crecía junto a nuestra valla, y cuando grité «*Boela ko o tswang teng*», «vete por donde has venido», Malome echó a correr. Quise que esas palabras lo mantuvieran alejado, pero debía haber sabido que iba a volver. La culpa pesa sobre una persona. Lo sé. Ahora lo siento, el peso que recae en mi corazón.

Las luces de la sala de estar parpadean. Me levanto para recargar el medidor de electricidad, antes de que la casa oscurezca por completo. Tal vez mi hijo vea las luces encendidas y vuelva a casa. Me quedo despierta esperando... esperando el sonido de él abriendo la puerta.

## Sangre de mi sangre

En mis sueños de infancia, mi padre era un gigante negro, que se elevaba sobre mi madre y sobre mí, con un rugido de león que sacudía nuestro techo de chapa ondulada y hacía que me acobardara bajo la cama. Mamá rara vez hablaba de él, pero cuando lo hacía, lo esgrimía como una amenaza: «Si tu padre estuviera aquí, se ocuparía de ti», advertía, así que crecí temiéndole, como a Dimo, el ogro de los cuentos en setsuana.

Estaba emocionado por cumplir veintiún años, pero todavía recordaba cuando cumplí los dieciséis. La ilusión se me había alojado en la boca del estómago, haciéndose más pesada a medida que se acercaba la fecha. Me paré frente al espejo y froté mi barbilla, buscando signos de hombría pero encontré los tres pelos rasposos de siempre que habían estado ahí toda una eternidad. Solo me había cambiado la voz, tan profunda, que Mmamogolo Bontle, —la hermana mayor de mi madre— me llamaba Barry White.

«Los genes y el medio ambiente moldean a una persona», es lo que nuestro profesor de biología comentaba en clase. Por eso mi cumpleaños era tan importante. Mamá había dicho que me lo diría cuando cumpliera dieciséis años. Ella había dicho que lo haría, y las madres siempre decían la verdad.

Me salté el entrenamiento de fútbol, así que llegué temprano a casa. El «Cumpleaños feliz» de mamá me escoltó a través de la puerta principal. Sonreí mientras ella encendía las dieciséis velas de la tarta recién hecha, pero por dentro gritaba: «¡Termina ya, mamá!» Tan pronto hizo su último «hip, hip, hurra», le dije: «Cuéntame, Madre».

—¿Que te cuente qué?

—Háblame de mi padre.

Tal vez pensó que me había olvidado, pero su promesa fue como mi cicatriz de fútbol, desaparecía con los años, pero siempre estaba allí.

—Lo mató un tren cuando tú eras solo un niño.

—Eso ya me lo habías contado mamá. ¿Cómo se llamaba?

—Se llamaba Ditso. Ditso Aobakwe. Era de Tonota.

—¿Como tú?

—Como nosotros, Keineetse.

—¿Me parezco a él, mamá?

Busqué signos en la cara de mamá, esperando que dijera que sí.

Mamá no respondió. Poco a poco, abrió el baúl de metal que servía de mesa, sacó un viejo álbum negro de fotos y le quitó el polvo. Sacó una foto en blanco y negro con un pliegue que la atravesaba en diagonal.

—Este es tu padre —dijo, y me dio la foto.

En ese momento alguien golpeó la puerta principal.

«*Ko ko*», «toc, toc». Era Mmamogolo Bontle, la hermana de mi madre. Hacía tiempo, ella había sido la reina de belleza del pueblo.

«La reina, la reina de la belleza» es como se presentaba a todos los que conocía. Dirigía una peluquería con un bar clandestino en las habitaciones del fondo y le gustaba vestir pantalones ajustados que la hacían parecerse a una salchicha rusa, con mucho relleno y a punto de reventar en las costuras. Cuando se reía, lo cual era frecuente, exponía un diente de oro.

Ya estaba riéndose al entrar al salón de un sopetón, incluso antes de que yo llegara a la puerta principal.

—Feliz cumpleaños Keineetse. Ya eres un muchacho grande.

Mmamogolo siempre hablaba inglés cuando bebía. Olía a alcohol y a esmalte de uñas fresco, así que aguanté la respiración cuando me besó. Me tendió una caja, con cintas del mismo color rosa que sus largas uñas.

—Para ti.

Retiré el papel. Era el *walkman* que había deseado durante muchísimo tiempo, pero eran tan caros que nunca pensé que tendría uno.

—Gracias, Mmamogolo —dije. Me hizo un guiño y luego miró a mamá largo y tendido, y preguntó: «¿Se lo has dicho?» Mi madre asintió con la cabeza.

—Le dije el nombre de su padre. Sabe que lo mató un tren cuando él apenas era un niño.

Mmamogolo apoyó las manos sobre sus caderas, sacudió la cabeza y apretó los labios para retener aquellas palabras que amenazaban con escapar. Hizo señas para que me alejara y cerró la puerta, pero su voz se coló bajo la puerta y se metió por mis oídos.

—¿Asesinado por un tren? ¿Ao? ¿En serio? Eso es lo que nuestros abuelos decían de los hombres de poca monta que hacían bebés y los dejaban crecer como la hierba —susurró.

Me fui a la habitación deseando no haber escuchado sus palabras, ya que creaban sonidos discordantes en mi cabeza. «¿Terena?», «¿un tren?». Así fue como murió el padre de mi amigo Tshepo, y era de la otra punta del país. Y la chica que vivía detrás de nosotros; su padre también había sido atropellado por un tren. Pero solo había una vía férrea que cruzaba Botsuana.

Me acosté, encendí el *walkman* y subí el volumen para ahogar sus voces, pero estas dejaron marcas en mi corazón e hicieron que me explotara la cabeza. Me levanté de la cama, me arrodillé en el suelo de hormigón y recé para que las cosas volvieran a su curso, sin embargo, la nostalgia que acaece ahora en mi alma ha hecho que las plegarias se alejen, creando en mí un mar de dudas. Cuando era pequeño y me sentía de esta manera, le pedía a Jesús que por favor me trajera un padre. Esta noche solo he rezado para que reine la calma.

Volví a la cama y me acosté con la vela encendida para poder estudiar al hombre de la foto: Ntate, mi padre. No recuerdo haberme quedado dormido.

Me despertó el cacareo de un gallo. Mamá siempre decía que era la forma de recordar al sol que se levantara, y como respuesta, sus rayos llenaban la habitación. Deslicé las piernas y saqué la foto de debajo de la almohada. Fui a la sala de estar y metí a mi padre en el marco de mi foto de confirmación. Luego cambié el mejor juego de té de mamá al segundo estante del separador de ambientes de madera, para que papá y yo estuviéramos en el estante de arriba. Ahora, todos aquellos que visitaran mi casa, verían que yo también tenía un padre.



Dos años más tarde, el último día de mis exámenes del último curso, tomé el camino largo para ir a casa y pasé por la clínica donde mujeres de diferentes edades hacían cola para que les pesasen a sus niños. Afuera del *kgotla*, donde se celebraban las reuniones del pueblo, alguien estaba en el altavoz rogando a la gente que viniera a escuchar a uno de sus miembros. Giré hacia nuestra calle, pateando guijarros del polvoriento camino que conducía a casa.

Un camión, bastante destartado, ocupaba el hueco de la valla en donde iría un portón que mamá compraría cuando tuviera suficiente dinero. Mientras daba la vuelta a nuestra casa para dirigirme a la cocina, unas voces en *staccato* me golpearon como un hacha al cortar leña.

—*Boela ko o tswang teng!* ¡Vete por donde has venido!

Era mi madre, hablando con una voz que no sabía que tuviese. Cuando me vio de pie en la puerta, su boca se congeló y sus palabras parecieron flotar sobre nosotros. Luego, ambos hablaron al mismo tiempo, y el fragor de sus voces hizo que diera la vuelta y saliera volando del patio. Desde la sombra del gran árbol de marula observé la casa al otro lado del camino.

El hombre hizo lo que mi madre le pidió. Escuché el portazo y el zumbido del motor del camión saliendo a toda velocidad del patio mientras esparcía mullidos polluelos blancos entre el polvo que iba dejando atrás.

A la mañana siguiente, oí pasos lentos y pesados mientras mamá arrastraba sus zapatillas por el pasillo. Escuché el chirrido de la puerta y el movimiento de la escoba de paja sobre la tierra barriendo las huellas del hombre.

Cuando llamó a la puerta de mi habitación, fingí estar dormido.

—Keineetse, solo los hombres perezosos se quedan en la cama hasta que el sol calienta sus mantas. Que los institutos hayan cerrado no significa que puedas dormir todo el día. Levántate ahora.

Escuché que la puerta principal se cerraba y vi a mi madre caminar hacia el lugar donde había estado el camión. Después de que ella subiera al minibús, me levanté de la cama, salí a lavarme los dientes y empecé a limpiar la casa. Mientras quitaba el polvo, me pregunté quién era el desconocido de la noche anterior. Sentí que lo conocía. Necesitaba saberlo, pero cuando esa noche se lo pregunté a mamá, frunció sus labios e hizo girar su anillo con forma de rosario una y otra vez.



Meses después, continuaba pensando en ese hombre, a veces. Se parecía a alguien que conocía pero no sabía a quién.

El teléfono sonó y corrí a casa para contestar.

—Hola. Me gustaría hablar con Keineetse Gontse —Era un hombre que hablaba como si un león viviera en su garganta.

—Sí, al habla.

—¿Eres Keineetse Gontse? —Se aclaró la garganta.

—Sí, soy yo.

—Soy Ditso Aobakwe.

No respondí. Ese nombre despertaba las voces que retumbaban en lo más profundo de mi alma. Entonces el barítono dijo con lentitud: «Yo soy tu padre».

—No. Creo que se equivoca de persona. Mi padre está muerto.

—Nooooo. Eres mi hijo. Soy tu padre.

Me cedieron las piernas. ¿Quién era este impostor, haciéndose pasar por mi padre? Murió... lo mató un tren cuando yo era apenas un crío. Eso es lo que mi madre me había dicho, y las madres no mienten.

Apreté el teléfono tan fuerte que mis dedos casi estallan. La voz recitó números y luego dijo: «*Go siame*», «muy bien entonces».

Respondí sin pensar: «*Go siame, Ntate*», y sostuve el teléfono a la altura del corazón antes de colgar.

Busqué por la mesa un bolígrafo y un papel para anotar los números antes de que se me olvidaran. 2-8-5... Lo había llamado *Ntate* sin siquiera pensarlo. *Ntate*... padre.

Apoyé la cabeza contra la pared e intenté recuperar la respiración, pero cada parte de mi cuerpo temblaba. Una gélida rabia hizo que agarrara el jarrón favorito de mi madre y lo arrojase contra la pared. Me dirigí a la puerta principal, le di un puñetazo y volví a caminar, la furia aún seguía creciendo dentro de mí.

Me preparé una taza de té de arbusto y me sumergí en la silla de mi madre que rezaba «paz y tranquilidad». El sol se iba alejando a medida que buscaba la paz que no encontraba. Cuando me acordé de mi té, este se había enfriado. En el estómago, un peso permanecía inquebrantable, como un plato de *phaleche*<sup>17</sup> en un caluroso día de verano.

La noche se hacía más pesada mientras veía la luna dibujar sombras en la habitación. Una de ellas se transformó en un gigante que se mantuvo de manera amenazante junto a la puerta. Mi estómago empezó a rugir cuando me levanté para cerrar las cortinas y, al encender las luces, me pregunté por

un instante si la leche de magnesio de mi madre no haría desaparecer esa sensación.

Madre. Tenía que escapar antes de que ella volviera a casa, antes de que hiciera algo de lo que me arrepintiera.

Cerré de un golpe la puerta principal y salí corriendo del patio. Crucé la calle que pasaba por delante de la nueva tienda de productos chinos, que vendía de todo, y dejé atrás el portón de la guardería, donde solía esperar a que mamá viniera y me llevara a casa. No estaba seguro a dónde me dirigía y no me detuve hasta que me encontré con la casa de La Bella Mmamogolo. Desde el jardín de su casa sonaba la música habitual de los viejos éxitos. Por encima de las voces, Mmamogolo cantaba *Midnight train to Georgia*. Me abrí paso entre las mesas y el humo de los cigarrillos. Se quedó en silencio cuando me vio, me hizo señas, y luego me guio de vuelta por el camino que había recorrido, pasando a través de una habitación llena de bebedores hasta llegar directo a su dormitorio.

—Keineetse, ¿qué ocurre? —Me abrazó tan fuerte que pude escuchar sus latidos—. Ven, ven, mi niño.

Me sentí de la misma manera que cuando crucé la frontera de Botsuana y llegué demasiado tarde para entrar del lado sudafricano. Pasé la noche aislado en medio de los dos países, pero regresé a Botsuana, el lugar que conocía y en el que me sentía más seguro.

Me acosté en la cama de Mmamogolo. En mi cabeza se dibujaron las dos personas que una vez se amaron lo suficiente como para crearme. Perdí la noción de quien era yo. Cuando abrí los ojos, era por la mañana y Mmamogolo estaba sentada frente a mí, observándome.

—*Go tla siama*, mi muchacho, todo saldrá bien. Vete a casa. Tu madre está preocupada por ti. —fue todo lo que dijo. Me levanté y di una larga caminata a casa.

Los cristales ya no estaban en el suelo. Mi madre se encontraba en el salón, sentada junto a la ventana, mirando la carretera que salía de Gaborone, apretándose las manos y sacudiendo la cabeza como si no estuviera de acuerdo con una voz en su interior. Cuando se volvió a mirarme y vi sus rojos ojos, engullí los nombres que quería lanzarle. Pero tenía que saber por qué.

—*Dumela mma*. Dime mamá. ¿Por qué me dijiste que mi padre estaba muerto?

—Porque para mí está muerto. Pero ve... ve a verlo hijo mío. Ya es un anciano.

Cuando salí de la habitación, me susurró: «Pregúntale dónde ha estado todos estos años».

A la mañana siguiente cuando mamá se asomó a mi cuarto, fingí estar dormido. En cuanto oí cerrarse la puerta principal marqué el número del papel.

2-8-5... El teléfono empezó a sonar.

—¿Hola?

—Hola. —Estaba seguro de que respondería, pero en su lugar habló una voz de mujer—. ¿Podría hablar con Rre Aobakwe Ditso?

—¿Quién habla?

Había practicado las palabras frente al espejo, pero ahora que necesitaba hablar, me quedaba en blanco sin poder pronunciar ninguna. Me aclaré la garganta y lo intenté de nuevo.

—Me llamo Keineetse —dije, y la voz resonó entrecortada en mi oído.

—Keineetse, tu padre dijo que llamarías. Deberías venir. Por favor, ven tan pronto como puedas. Tu padre necesita verte. Ven —dijo la voz—, antes de que sea demasiado tarde.

¿Demasiado tarde? Ya había sido demasiado tarde el día que se marchó. No estaba seguro de que fuera a ir. Tenía tanto miedo de lo que podría descubrir. Mi amigo Tshepo también había ido a buscar a su padre y este había intentado darle dinero. Mierda. Como si el dinero lo arreglara todo. Pero tenía que enterarme. Durante el día, me mantuve al margen y esquivé los ojos de mi madre. En la cama soñé con Dimo. En la decimocuarta noche tomé la decisión.

Estaba con Mmamogolo Bontle, en la peluquería, ayudándola a embalar relajantes capilares en unas cajas.

—Shh, silencio. Son las ocho menos diez, hora del Ditatolo. Muchacho, sabes que no soy supersticiosa, pero la forma en que ese pollo ha estado posado en el árbol todo el día, nos está diciendo que alguien ha muerto. —Subió el volumen de la radio, acercó la silla hacia ella y se sentó con la cabeza inclinada. Mmamogolo siempre escuchaba el programa que anunciaba las defunciones. Decía que con tanta gente muriendo, más de uno se te escapaba sin que te dieras cuenta. Pero esta noche no conocíamos ninguno de los nombres leídos en un tono nasal y monótono.

Estaba subiendo otra vez la escalera cuando el locutor dijo: «Lamentamos anunciar el fallecimiento de Don Aobakwe Ditso, de Tonota. Murió el martes 4 de abril y será enterrado el sábado 8. Que su alma descansa en paz».

Casi me caigo de la escalera al bajar. Mis manos temblaban. Ahora sí que tenía que ir a Tonota. El funeral era mañana.

—Iré contigo. —Se ofreció Mmamogolo, pero dije que no con la cabeza.

—No... no, pero ¿podría llevarme tu furgoneta?

—Sí, debes irte esta noche.

Fui a casa a buscar un par de pantalones negros, una chaqueta y una corbata. Esperé hasta que mamá estuviera dormida. Luego partí hacia Tonota. Conduje despacio, frenando con frecuencia para evitar las vacas negras cuyas formas se difuminaban en el asfalto.

Llegué al amanecer, aparqué el coche a un lado de la carretera y vi como el pueblo cobraba vida para enterrar a sus muertos: mujeres con vestidos de estampado alemán, y pañuelos atados en la cabeza, y hombres con sombreros corrían por el pueblo. Le pregunté a un anciano dónde estaba la casa de Aobakwe Ditso. «Sigue el camino asfaltado hasta que llegues a un gran árbol de mopane, gira a la izquierda y sigue derecho, recto. Verás la carpa» dijo el hombre. «Iría contigo pero me dirijo a otro funeral».

Una carpa verde militar cubría el patio como un paraguas gigante de luto. Alguien me entregó un programa funerario al atravesar la puerta. Miré la foto del hombre de la primera página. Era yo, dentro de veinte años. Una mujer se acercó a mí, se cubrió la boca con una mano cuando me vio y luego me rodeó con sus brazos. Los míos colgaban a mi costado como listones de madera, rígidos e inflexibles.

Seguí a los dolientes al interior de la casa y vi que mi padre yacía en el ataúd. A continuación, todo el mundo se dirigió al cementerio, pero yo me quedé al margen de la multitud. Cuando el sacerdote convocó a la familia para que esparciera tierra en la tumba, yo me quedé de pie en el lugar. Su esposa e hijos, dos niños y una niña, se levantaron y caminaron hacia la tumba. Sus nombres figuraban en el obituario como la gente que dejaba tras de sí; mi nombre no estaba allí, así que me quedé mirando. Volví a la casa de mi padre y me lavé las manos con los demás dolientes en la bañera de aluminio que se encontraba fuera del portón de entrada.

Ya estaba hecho. Caminé lento hasta la furgoneta, di la vuelta en la estrecha carretera y emprendí el largo camino hacia el sur, de vuelta a Gaborone, al único hogar que había conocido, el que mi madre había hecho para mí. Quizás algún día llegaré a saber la verdad sobre por qué mi padre me había dejado.

Al acercarme al cruce de ferrocarril, el sonido de la bocina del tren me sacudió de mis pensamientos. Frené con fuerza y vi cómo pasaba rugiendo.

Por fin había conocido a mi padre, el padre que creía no tener. Ya no buscaré mi sangre en los hombres que veo, yo era un calco de su cara: el pelo ralo, las fosas nasales acampanadas, las mejillas demacradas y los ojos redondos con prolongadas pestañas que mi madre decía que eran de chica. Sin embargo, él se había encogido.

## Grupo de seis

«Cuidado con el grupo de seis».

Los extranjeros se susurran el código unos a otros. Señala el inicio de la «Operación Limpieza». Los hombres uniformados cazan en grupos de seis. Sus órdenes son detener, registrar y arrestar a todos los inmigrantes ilegales.

Freedom escucha la advertencia demasiado tarde.

Mientras se desliza bajo la cama, la puerta se abre de golpe. Se para y se lanza por la bolsa de plástico roja, blanca y azul, que las batsuanas llaman «mozimbabue». Corre, pero se tropieza.

Sus esfuerzos son en vano y se derraman por el suelo al igual que las toallas sanitarias, pastillas de jabón azul y píldoras para su marido. Aferrándose a lo que queda de su bolso, se sumerge en la noche, pero botas negras truenan tras ella. Atrapada, es llevada a la parte trasera de un Landcruiser en espera de ser deportada a una patria que ha usurpado sus opciones.



Ha pasado un mes desde que el camión de Botsuana la colocó a ella y a otros cien en la frontera con Zimbabue. Mientras yace al lado de su marido, recuerda cuando abandonó su país por primera vez.

Armada con su pasaporte, cogió lo que la inflación había dejado de sus ahorros y subió al autobús rumbo a Botsuana, la tierra de la abundancia. No conocía su destino exacto, pero andaba a la zaga de los que habían hecho el viaje con antelación y rezaba para retornar antes de que su marido enfermo sucumbiera.

Con sus ahorros pagó un lugar para descansar y durmió, rodeada y hacinada como una sardina, con otros diez como ella, en una habitación de paredes de hojalata. Durante dos semanas recorrió las calles de Gaborone y acabó en la esquina del White City, junto a sus compañeros de campo. Durante todo el día se quedó de pie con la palma de la mano levantada,

suplicando a los conductores de los coches, que pasaban a toda velocidad, que le dieran un trabajo.

«Puedo lavar, limpiar, hacer cualquier cosa» rogaban sus ojos.

Haría cualquier cosa para ganar dinero, excepto vender su cuerpo.

El día que se le acabó el dinero, justo en el momento en que apareció la luna, un coche pasó por delante de los que buscaban un empleo. Se detuvo. La multitud corrió hacia él. Los fuertes alcanzaron al conductor antes que ella. Él bajó un poco la ventanilla, los clasificó, uno por uno, y la señaló a ella.

—Tú, la de los ojos bonitos, entra.

Dudó, pero el hambre abrió la puerta del coche y la sentó en el asiento de cuero. El hombre aparcó entre los arbustos y la condujo a través de la oscuridad hasta el lugar donde había oído que las almas de las mujeres se desnudaban. Ella entró en la habitación y se acostó en la cama.

La protesta de los muelles del colchón silenció las voces que cantaban en su cabeza: «Prostituta, prostituta». Sus talones le arañaban las piernas mientras él aplastaba su cuerpo contra el suyo. Su piel se veía de color negro, alquitranado en contraste con el marrón de él, marrón como los dulces de regaliz que le gustaban a su marido.

Ella escuchaba como el agua salpicaba en el cubo mientras el hombre se aseaba y retiraba su propio sudor. Luego, silencio.

Había quedado un hueco en la cama donde el cuerpo de él había desplazado el relleno del colchón.

Olfateó el aire. Olía a sexo ilícito. Pasó sus dedos por la mesilla de noche. Su mano regresó manchada con motas de polvo, un envoltorio vacío de condón y un billete de 50 pulas. Se vistió, metió el dinero entre sus pechos y volvió a la esquina para esperar a otro comprador. Su vergüenza se mezcló con la noche.



Abre los ojos y encuentra a su marido estudiando su rostro. Él se le acerca, pero ella escapa de su abrazo.

—Cuando mejores —promete ella.

Las píldoras y la comida lo están curando, pero ya no quedan más medicinas y las alacenas están vacías. Le besa la frente, recoge su *mozimbabue* vacío y cierra la puerta tras ella.

Con o sin grupo de seis, debe regresar a Botsuana.



[umojaeditorial@gmail.com](mailto:umojaeditorial@gmail.com)

## Notes

[ ← 1 ]

El prefijo “mo” en la lengua setsuana (lengua bantú hablada principalmente por los tsuana), tiene una función de morfema singular y se refiere a la persona. Su plural es batsuana. [*N. del T.*]

[ ← 2 ]

El pudin de malva es un postre dulce de origen sudafricano. Se prepara con mermelada de albaricoque, lo que le da una textura esponjosa caramelizada y, mientras está caliente, se le vierte una salsa cremosa. Por lo general se sirve así, con natillas o helado de vainilla. [*N. del T.*]

[ ← 3 ]

Exclamación. Puede expresar diferentes emociones, por ejemplo: sorpresa, resignación, impaciencia.

[ ← 4 ]

Turbante utilizado principalmente por mujeres africanas. El mismo indica el estado «de casada» de quién lo lleva. [*N. del T.*]

[ ← 5 ]

«Yo era su cuidador. Botshelo no estaba enfermo».

[ ← 6 ]

El prefijo “ba” en la lengua setsuana tiene una función de plural y se refiere al pueblo. Por consiguiente, el término “batsuana” significaría “miembros de la etnia tsuana”. El término singular, es decir, una persona de Botsuana, sería “motsuana”. [*N. del T.*]

[ ← 7 ]

Forma de saludo

[ ← 8 ]

*Fiela ngwanyana* es una canción popular que se canta y baila en los casamientos de la etnia tsuana. La canción se titula «Barre chica» y cuenta solo con dos estrofas que se van repitiendo constantemente: Barre, barre, barre, chica / barre chica / no comas en una casa sucia. Tu suegra es una arpía / una arpía de mujer / barre chica / no comas en una casa sucia. [N. del T.]

[ ← 9 ]

Forma de saludo.

[ ← 10 ]

«Estoy bien. Estoy bien. Estoy bien con mi Dios». Es un himno cristiano de influencia en el protestantismo, escrito en 1873 por el estadounidense Horatio Spafford. *[N. del T.]*

[ ← 11 ]

También llamadas orugas mopani; el término se debe a que esta especie habita en el árbol mopane, típico de las regiones áridas del África austral. Estas grandes orugas comestibles son una importante fuente de proteína para millones de personas. [*N. del T.*]

[ ← 12 ]

Forma de saludo empleado para dirigirse a más de una mujer u hombre.

[ ← 13 ]

También conocido como *magave*, *upuca*, o *puca*, es uno de los diez juegos reconocidos de Sudáfrica y Lesoto. Es similar a “las chinas” o “cantillos” en España o “las payanas” en Argentina. [N. del T.]

[ ← 14 ]

Es un juego de pelota entre dos equipos de seis personas. A menudo estos equipos son conformados por seis chicos y seis chicas, donde cada equipo atacante trata de patear el balón lejos de los defensores. Este deporte combina elementos del fútbol y del balonmano. [*N. del T.*]

[ ← 15 ]

Gachas suaves, a menudo hechas con sorgo molido.

[ ← 16 ]

Literalmente “torta gorda”, buñuelo pequeño de masa frita.

[ ← 17 ]

Gachas bien espesas elaboradas con harina de maíz.